SIGUEME



Natali nos habla de Antoñita

M.ª Luisa Matamala Vírseda, F. I.

Ilustraciones
Teresa Sarto y Eusebio San Blanco

NATALI NOS HABLA

DE ANTOÑITA

Mª Luisa Matamala Vírseda, F. I.

Ilustraciones

Teresa Sarto y Eusebio San Blanco

EDICIONES SÍGUEME, SALAMANCA 1997

A vosotras, jóvenes en formación,

que os expresáis en distintas lenguas

y procedéis de diferentes razas y

culturas, para que compartís, con gozo

y gratitud, el carisma de la Madre

Cándida.

ÍNDICE

A los jóvenes, siempre…….. 4
Mi Pospito……..4
¡Qué chiquilla más fastidiosa! ….5

Nuestros padres…….6
Al
cole……7
Como Teresa…….9
Una
fecha……..10
Un encuentro…… 11
Ocurrió una mañana……. 13
¡Qué joya de chica!.....15
En los sindicatos……16
Como una bomba…….18
Con los más pobres…….20
La alegría de la casa……..22
Novio con siete mil duros…….. 24
En
Loyola……..…26
Un compás d espera……...27
Al tren,
aita……...28
En Salamanca……..30
Es preciso llegar a la cumbre…….....31
El
noviciado……32
Yo te daré el agua…….....34
Despedida……..3
5
Lo suyo era servir……..36
El gran
día……38
Incertidumbre……..39
En la enfermería……41
El tío
Antxon……..43
El
secreto……..4
5
Hasta
luego…….47
Su
mensaje……..49
Nunca os olvidaré……51

Posdata……
..53

A LOS JÓVENES , SIEMPRE

Me llegaron muchas de vuestras voces y de vuestros ecos después de la publicación de *"Juanitatxo nos cuenta su vida"* y ¡ya veis…! Me animasteis a tomar de nuevo la pluma.

Hoy os presento a un nuevo personaje, joven como vosotros: **Antoñita Bandrés Elósegui.** De la escuela de Juanitatxo, claro. "De tal palo , tal astilla."

Antoñita no pasó de los veintiún años. Su vida toda transcurre en "la fresca mañana de las edades". Así llamó a la juventud san Juan de la Cruz, nuestro poeta.

Algunos ya la conocéis de "oídas"; otros, de mucho más. Este libro quiere ser el puente que acerque su orilla a la vuestra.

Pero veréis, Antoñita tuvo una hermana, Natali. Sólo se llevaban un año y algunos meses, y eran muy amigas, lo que se dice, íntimas. Natali vivió hasta muchos años después de la muerte de Antoñita y, en su mirada, siempre brillaba la nostalgia de una ausencia.

De labios de Natali oí, por vez primera, el nombre de Antoñita y aprendí muchas cosas de ella. Por eso hoy le presto mi palabra para que os cuente lo que tantas veces nos narró a los que nos cruzamos con ella en los caminos de la vida.

¡Ah…! Natali es como un torbellino y cuando se enrolla, hay que pararla. Pero para eso estoy yo aquí, para poner el punto y aparte cuando me parezca. Seguro que va a disfrutar contándoos cosas. Le encantaba hablar con los jóvenes y la verdad es que arrastraba. Y si encima la conversación es sobre Antoñita…

MI POSPITO

Yo soy Natalia. Natali me llamaban todos. Vine al mundo a colmar la alegría de mis aitas que esperaban su primer hijo. A mis padres – Ramón Bandrés y Teresa Elósegui – les encantaban los niños. Detrás de mí nacieron catorce, claro que no todos mis hermanos se hicieron mayores: algunos murieron muy pequeños; y eso que en mi casa, en aquellos años de mortandad infantil, no faltó nunca lo necesario, pues el sueldo de abogado de mi padre daba para vivir con cierto desahogo.

Mis hermanos y yo nacimos en Tolosa, antigua capital foral de Guipúzcoa. Por aquellos años - finales del XIX y primeros del XX- nuestra ciudad vivía en plena ebullición social y económica por ser uno de los principales centros técnicos-industriales del País Vasco.

En Tolosa también crecimos y os asomamos a la vida mientras se nos metía por los ojos el verde intenso de nuestros montes y de nuestros valles; al mismo tiempo que cobraba importancia para nosotros nuestra villa, de la que el aita nos hablaba, con frecuencia, contándonos su historia con sus fueros y su privilegios y sus bellas tradiciones.

Tenía yo menos de dos años cuando nació mi primera hermana. Fue el 6 de marzo de 1898. Era muy pequeña para recordarlo, pero la amatxo me decía siempre que me puse loca de contenta con su llegada. La verdad es que su nacimiento fue una bocanada de alegría en la casa: acababa de morir mi abuela materna – por ocho días no conoció a su nieta – y todos, pero principalmente la ama, estaban muy tristes. Y esta chiquilla vino a poner gozo en los corazones. Era como una premonición: la vida de mi hermana sería a lo largo de su existencia, alegría para los demás.

Dos días después, en la parroquia de Santa María, le impusieron los nombres de María, Antonia, Josefa, Inés. Enseguida simplificamos tantos apelativos y la niña fue para todos, Antoñita. Su padrino el tío Antxon, hermano de mi padre, se mostraba muy orgulloso de que llevara su nombre. Estaba él entonces muy lejos de entender de qué manera ese bebé, al que le gustaba acunar ente sus brazos, iba a escribir interrogaciones con trazos muy fuertes en el caminar de su vida.. Pero para eso tenía que pasar todavía mucho tiempo…

Fueron llegando pronto otros hermanos: Rafaela, Inés, Ramontxo… En mi casa había siempre bullicio de voces infantiles y estrépito de risas juguetonas y traviesas. La ternura de la amatxo y la mirada, cariñosa y comprensiva, del aita nos hacían sentirnos afortunados y felices.

Grabadas tengo en mis pupilas aquellas escenas entrañables, tan repetidas, de toda la familia en torno a la chimenea. Antoñita siempre se las arreglaba para trepar por las piernas de mi padre y cubrir su rostro de besos y caricias. El aita se dejaba querer y apretujándola contra su corazón la llamaba “mi pospito” que en castellano significaría “mi pequeñita”.

Así recuerdo siempre este rincón de mi hogar donde se mecieron mis afectos familiares más íntimos. Y, sin duda, Antoñita llevó por la vida su corazón impregnado de ellos. El cariño de los aitatxos y de los hermanos la hizo inmensamente feliz.

¡QUÉ CHIQUILLA MÁS FASTIDIOSA…!

La ama decía siempre que Antoñíta y yo más que hermanas, éramos amigas. La verdad es que no recuerdo mi infancia sin la suya, ni el sonido de su voz, dulce y melodiosa, sin el eco de la mía. Crecimos juntas, cual dos pequeños pinos, como aquellos que contemplamos tantas veces en la ladera del monte Uzturre, que juntaban sus raíces en la hondura de la tierra mientras abrían sus copas a las sorpresas de la vida.

Cierto que con Rafaelita y con Inés, que nos seguían en edad, compartíamos también nuestros juegos y nuestro cariño. Pero la vida nos unió a las dos de una manera especial ya desde nuestros primeros años.

Que la amistad de Antoñita era un tesoro –quizá lo intuyáis ya – podréis comprenderlo a lo largo de mi relato, si leéis estas líneas. Pero os confundiríais si, por eso de que mi hermana iba para santa, pensáis que nació perfecta. A sus cinco o seis años, era una niña un tanto cargante. Incluso a mí, que la quería un montón, me exasperaba a veces. A la menos contrariedad ponía el grito en el cielo y nos hartaba a todos con sus lloriqueos y sus berrinches. Su gran sensibilidad y, quizá, la excesiva protección que recibió en el hogar, debido a su precaria salud en los primeros años de su niñez, hicieron que se mostrase, con cierta frecuencia, susceptible y caprichosa.

Las peleas con Rafaelita, próximas las dos en años, ocurrían a menudo. Siempre se les antojaban las mismas cosas y las dos, de genio fuerte y vivo, dispuestas a no ceder, chocaban de frente. Antoñita en el suelo pataleaba como una niña caprichosa; hasta que, sin permitir que nadie la tocase, corría a ocultar su rostro en el regazo d la ama.

Mi madre estaba preocupada con sus repetidas rabietas. En más de una ocasión la oí exclamar, contrariada:

"¡Qué chiquilla tan fastidiosa! ¡Cuánto va a sufrir con este carácter!"

Es verdad que los enfados se le pasaban enseguida y volvía a ser, al instante, la criatura dulce y encantadora de siempre.

Si os cuento esto es para que entendáis que los santos no nacen, sino que se hacen. Y vaya si cambió Antoñita y supo suavizar esos brotes bruscos de su temperamento y pulir esas aristas impetuosas de su genio fuerte y fogoso. También aprendió a encauzar, poco a poco su sensibilidad y a dejar de ser la niña mimada y cargante de sus primeros años. No creáis que le resultó fácil que tuvo que empeñar toda su voluntad en ello. Los aitas y los hermanos fuimos testigos del cambio que se obró en ella y que la convirtió en aquella muchacha tan amable, dispuesta siempre a dar gusto a todos.

NUESTROS PADRES

Me vais a permitir que haga un inciso en la narración de esta historia para evocar la situación política y social de nuestro entorno en estos años que nos tocó vivir, pues a mi familia, como a tantas otras, la alcanzó la vorágine de los movimientos políticos de la época.

Procuraré no cansaros y ser muy breve, pero con esta sencilla información conoceréis mejor el ambiente familiar y social en el que creció Antoñita y que necesariamente influyó en su personalidad.

Las primeras décadas del siglo XX son, en la historia de España, de un gran pluralismo que se refleja en los partidos y grupos políticos de signo monárquico o republicano, que, en general, coinciden con la denominación de "derechas" o de

“izquierdas”, respectivamente. Claro que la realidad era mucho más compleja que eta abreviada síntesis - no quiero abrumaros con datos históricos- que os presento.

Por lo que respecta al País Vasco, nuestros apellidos Bandrés-Elósegui reflejan ciertamente estas tendencias opuestas. Nuestra madre pertenecía a una de las familias más emblemáticas de Tolosa, de antigua tradición monárquica y fuertemente religiosa. Esta religiosidad en la ama, como iréis viendo, marcó toda su vida y comprometió su persona entera. Los Bandrés, sin embargo, se decantaron abiertamente por el liberalismo político que más tarde se convertiría en una opción republicana.

Esta filiación de mi familia paterna se hizo ostensible en los compromisos políticos que adquirieron: el aita llegó - años después – a ser gobernador civil de Pamplona por designación de Maura Gamazo, ministro de Interior en la primera Legislatura de la Segunda República y, además, amigo personal suyo. Circunstancia ésta que obligaría a mi padre a marchar al exilio a tierras francesas – donde murió poco después – en los primeros meses de la contienda civil española. Respecto al tío Antxon, si bien no llegó a desempeñar cargos públicos, fue evidente su amistad y apoyo a importantes personalidades republicanas, como más a delante os contaré.

Por supuesto que la política, al menos directamente, no llegó a mi casa. Mis padres, independientemente de su filiación partidista, se enamoraron y se casaron, y su amor estaba por encima de sus ideologías. Pero era imposible librarse del ambiente que se respiraba en la calle y de las connotaciones adheridas a ambos grupos

El ser monárquico o republicano tenía, en aquellos tiempos, una etiqueta social adherida de la que difícilmente se libraban quienes pertenecían a uno u otro grupo político. Algo así como si los de “derechas” fuesen los buenos, y los de “izquierdas”, los malos, y poco menos que todos ateos. Lo cierto es que personas honradas y cristianas las había en uno y otro bando. Pero también es verdad que entre los republicanos hubo ciertos políticos de ideas y hechos anticlericales que, en parte, contribuyeron a crear estos férreos esquemas, aunque también los llamados de “derechas” con su tradicionalismo a ultranza, por parte de algunos, empeñaron la imagen de la Iglesia, de la que se creían los únicos representantes.

Por lo que a mi familia respecta, mi padre fue un hombre creyente – la influencia de la ama se hizo sentir en su vida - .El caso del tío Antxon fue distinto y hablaremos de él en su momento. Vaya por delante que tanto el uno como el otro fueron personas de una extraordinaria honradez y profundamente honestos.

Una cosa está clara: en mi casa se respiraba una atmósfera cristiana, y en el cristianismo fuimos educados todos los hermanos. En nuestra formación, de común acuerdo, participaron mis padres. Pero es cierto también que fue la ama la que más influyó en nosotros, la que dejó una impronta mayor en nuestras almas.

AL COLE…

La amatxo fue, pues, nuestra primera maestra. Ella nos enseñó a rezar y su vida –todavía más que sus palabras - nos mostró la cercanía de un Dios que es nuestro

Padre y que nos quiere mucho. Esta pedagogía del amor fue decisiva en Antoñita. El camino del temor nunca hubiera abierto, en cascada, el potencial afectivo que encerraba su corazón. No tardaréis en descubrirlo.

Hacía ya unos años que las Hijas de Jesús habían abierto un colegio, el de San José, en Tolosa. Las ocho hermanas pasamos por él, y allí completamos nuestra formación. Los chicos estudiaron en los Escolapios pues, en aquellos tiempos, la enseñanza no era mixta como es ahora.

El curso 1907-1908 estábamos ya matriculadas en el colegio Antoñita, Rafaela, Inés y yo. Seguro que adiviináis que este centro fue el mismo que fundó Juanitatxo – bueno, la Madre Cándida – después de no sé cuántas penalidades; que hasta tuvo que pedir limosna, de puerta en puerta, para que sus muchos acreedores no se lo embargaran. La verdad es que valieron la pena tantos sufrimientos y dificultades, pues ¡qué contentas y felices nos encontrábamos ahora las colegialas en él…! La Fundadora vivía entonces en Salamanca, pero solía venir con alguna frecuencia a Tolosa a visitar a las hermanas y también - ¡cómo no ¡ - a las alumnas, a las que quería tanto. Más adelante os contaré cómo fue nuestro encuentro con ella.

Antoñita ya no era "el pospito" de su primera infancia. Había crecido y a sus nueve años era una niña alta y espigada que se asomaba al exterior a través de unos grandes ojos negros. Y poco quedaba de aquellas rabietas de niña caprichosa y consentida. En aquellos años, en una carta de la ama a una amiga suya, le comentaba el cambio efectuado en mi hermana:

"¿Te acuerdas de lo mimosilla que era a veces?" – le decía - "Pues no sabes lo que ha cambiado…Desde que empezó a ir al colegio, se le nota de día en día…"

Y era verdad que había cambiado. Me viene a la memoria el día aquel en que, mientras partía en trozos una pera para los pequeños, a los que adoraba, se hizo un corte profundo que le llegó al hueso. Mi madre la llevó en seguida a casa de mi tío Pepe, que era médico, para que la curara, quien no tuvo más remedio dado el aspecto que presentaba el dedo, que darle unos puntos de sutura en carne viva. Antoñita apretó fuertemente los labios y de su boca no salió ni una queja de dolor. Me pasmaba su fortaleza:

- ¡Te ha dolido mucho?- le pregunté cuando volvía del médico de la mano de la ama –

-Sólo un poco – me contestó, sin dar mayor importancia al asunto, mientras se transformaba su cara en una sonrisa - .

Ya no era la chiquilla antojadiza y melindrosa de antaño. Todos en casa éramos testigos del cambio experimentado en mi hermana, de los pequeños vencimientos que hacía para no enfadarse cuando se la contrariaba o las cosas no le salían como a ella le gustaba. En ocasiones un ligero carmín tenía sus mejillas, señal de la lucha que mantenía en su interior. Pero pronto su mirada volvía a tener el brillo de siempre y la sonrisa retornaba a su semblante.

Se hizo mucho más comunicativa y su círculo d amistades se agrandó. Asomaba cada vez más al exterior la madera de líder que llevaba dentro. Con frecuencia, en el colegio, capitaneaba los juegos en los recreos, en los que se la veía rodeada de sus compañeras de clase.

Y es que el colegio la ayudó a cambiar, a descubrir otras vistas panorámicas; a mover la línea que enmarcaba su horizonte de niña. A mí, que era su confidente, m e pasmaba ver la transformación efectuada en mi hermana: aquellos ojos negros se ian matizando de profundidad.

COMO TERESA

Aunque éramos muy amigas, Antoñita no olvidaba que yo era la hermana mayor y me escogía a veces como modelo. Esto, que en algunos momentos me alagaba, me llenaba de confusión en otros, consciente de su superioridad sobre mí. Lo cierto es que no nos ocultábamos nada la una de la otra

Por las noches, ya en nuestra habitación, era el momento de nuestras confidencias y secretos. Hablábamos sin cesar de los acontecimient0s y vivencias del día. Pero no nos parábamos en ello. Con frecuencia Antoñita me hacía preguntas un tanto impropias de su edad sobre la vida y la muerte, sobre lo humano y lo divino. Cualquier filósofo que nos hubiera escuchado se habría pasmado de nuestros interrogantes metafísicos y, desde luego, trascendentes, pues mi hermana siempre metía a Dios en todo. Así podíamos estar ratos enteros hasta que la ama, cansada de decirnos que nos durmiéramos, abría la puerta de nuestro cuarto y, muy seria, ponía fin al coloquio.

Cuando años después conocí "*El libro de la vida"* de Teresa de Ávila, me emocionaron los capítulos de la niñez y de la adolescencia en los que la santa recuerda su amistad y conversaciones con Rodrigo, su hermano, casi de la misma edad. Su historia me fascinaba, pues me evocaba la nuestra.

Y en los siguientes relatos de la misma obra, leí emocionada cómo ambos enardecidos por los ejemplos de tantos mártires, que dieron su vida en defensa de la fe, quisieron imitarlos. Por lo que, sin encomendarse a nadie – la capitana era Teresa - , decidieron marchar, en su tierna infancia, a tierra de moros para dar allí hasta la última gota de su sangre por Cristo. Claro que el viaje emprendido – sin mochila – terminó junto a las viejas murallas de Ávila, donde un tío de los pequeños, después de la primera sorpresa del encuentro, los agarró de la mano y los condujo de nuevo al hogar abandonado. Y la pareja con los ojos bajos – quizá por la decepción que esto les supuso – lo siguieron sin rechistar.

También este hecho me recordaba mi infancia. Claro que en nuestros proyectos no nos atrevíamos a tanto. No nos sentíamos tan valientes como Teresa y Rodrigo para dejar nuestro hogar. Pero algo queríamos hacer como ellos por Jesús.

La ama tenía dos hermanas en un convento de clausura y con frecuencia nos hablaba de ellas. En alguna ocasión nos comentó los ayunos y penitencias que hacían durante la cuaresma. A Antoñita aquello no se le olvidó.

-Mira, Natali, nosotras tenemos que intentar algo parecido en esta semana santa.

Dejar parte de la comida era imposible, pues siempre estaba sobre nosotras la mirada cariñosa y vigilante de la amatxo. Después de mucho cavilar, concebimos nuestro plan:

El día de viernes santo por la noche, solas en la habitación, cuando todos en casa dormían, no se nos ocurrió otra cosa agarrar cada una su zapatilla y empezar a golpearnos con toda seriedad. Debimos de preparar tal estruendo – pues en nuestro entusiasmo las zapatillas chocaban con los muebles de la habitación – que los pacíficos moradores de la casa se despertaron sorprendidos, ante ruidos tan extraños. Y como lo hacíamos a oscuras, Antoñita golpeó la lámpara de la mesilla, que cayó hecha añicos al suelo. Ante tal estrépito se acabaron nuestros fervores. Asustadas nos metimos en nuestras respectivas camas, cubriéndonos con las mantas hasta la cabeza y esperando acontecimientos. Pocos segundos transcurrieron hasta que se abrió la puerta de nuestro dormitorio y aparecieron nuestros padres. No hubo más remedio que explicarlo todo y contar lo ocurrido. Yo creo que los aitas no sabían si reír o llorar ante el espectáculo que contemplaban. Por supuesto que nos prohibieron experiencias semejantes, pero pienso que también les hizo gracia el suceso, pues bien nos tomaron el pelo después.

Yo, como entonces Rodrigo, me dejaba contagiar por los entusiasmos de mi hermana. Pero en Antoñita, como en Teresa, había un fuego interior que la quemaba. Cuántas veces, sorprendida por sus palabras, yo me preguntaba: "¿ Adónde llegará esta niña?".

UNA FECHA

Nuestros padres nos habían dado a todos sus hijos una formación cristiana. La misma para todos los hermanos. Luego nos enviaron a un colegio religioso para completar esta educación en nosotros.

Y con ser cierto todo lo anterior, en Antoñita había algo más. A sus once años, en el pórtico casi de la adolescencia, Jesús se había cruzado en su vida. Ni ella misma sabría deciros cómo. Pero no cabe la menor duda de que era lo más importante en su existencia ya en aquellos tiempos.

Por entonces – era el año 1909 - hizo su primera comunión. Os chocará que comulgara tan tarde, pero en aquella época era sí, no se permitía que los niños se acercaran antes al altar. Pocos años después, sin embargo, aquel papa santo que fue Pío X dispondría que se pudiese comulgar a una edad más temprana.

Los aitas habían acordado que Rafaelita y ella recibieran juntas a Jesús por vez primera. Fue el 23 de mayo. En casa se vivía la proximidad del día con cierto alborozo

externo, sobre todo, por parte de los pequeños. Mis padres querían celebrar el acontecimiento en familia, sí, pero que revistiera al mismo tiempo una cierta solemnidad. La ama se había preocupado de los vestidos para la ceremonia. Había elegido dos trajes sencillos, pero bonitos, a través de los que asomaban sus caritas bellas y graciosas.

Grabada tengo en mi retina la imagen de mis hermanas avanzando por el pasillo central de la capilla del colegio, entre las otras niñas, camino del lugar señalado para ellas junto al altar. Antoñita sobresalía del grupo por su talle esbelto y erguido y por su bonito pelo que le caía ondulado sobre los hombros. En su cara destacaban sus grandes ojos negros que daban a su expresión un algo de misterio. Estaba muy guapa, tengo que decirlo. La gente que llenaba la iglesia volvía la cabeza para mirarla. En los ojos de los aitas, que cruzaron sus miradas durante unos instantes, sorprendí el aleteo de una intensa emoción y un sentimiento de orgullo al contemplar a sus hijas.

En contraste con la admiración que despertaba a su paso, Antoñita parecía muy ajena a estos detalles externos. Creo que este día lo vivió ella hacia dentro. La vimos muy fervorosa al acercarse a comulgar y bastante despreocupada de lo que pasaba a su alrededor. "Fervores de primera comunión", pensaban todos los amigos y parientes mientras abandonaban la iglesia. Sólo yo, su principal confidente, era testigo de excepción de esta experiencia suya, íntima y personal, y algo barruntaba de lo que pasaba en su alma.

Cuando en los días anteriores conversábamos sobre el gran día, mi hermana dejaba de lado el tema del vestido y de los regalos y, mirándome a los ojos, me decía :

-"Natali, háblame de Jesús".

Y qué sabrosas eran aquellas conversaciones en las que yo podía asomarme un poquito a la hondura de su ser. Os aseguro que su primera comunión fue un encuentro que marcó su vida.

En el capítulo anterior os he hablado de sus deseos de penitencia en aquellos días de cuaresma. No penséis que era masoquismo. Antoñita que ya había entregado toda su persona a Jesús, buscaba mil formas de demostrarle su amor. Por eso no os extrañe que en este día, en que lo sentía tan cerca, aprovechase cualquier ocasión que se le presentara. Y la ocasión llegó: los bonitos zapatos que había estrenado le rozaban un poco los pies. No dijo nada. Anduvo todo el día ágil y ligera. ¡Quién iba a sospechar su dolor…! Sólo, por la noche, descubrió la ama la realidad al ver sus blancos calcetines con algunas manchas de sangre. Ya sé que os cuesta entenderlo, pero las cosas de los santos se nos escapan muchas veces. Antoñita no era santa entonces, pero ya, a sus once años, había comprendido que el amor se alimenta de sacrificio y por eso aprovechó ese pequeño suceso que la mortificaba para demostrarle a Jesús cuánto lo quería.

El día de su primera comunión las aguas de su afectividad se desbordaron en torrente, por la vertiente interna de su alma.

UN ENCUENTRO

Los días pasaban muy deprisa en el colegio. Las semanas y los meses se sucedían al ritmo de las clases y los recreos, de los estudios y de los esparcimientos por aquellas montañas de verdes helechos, salpicadas por el rojo y el blanco de la flor del brezo.

La primavera había irrumpido con azules y grises en nuestro paisaje vasco. Estábamos alegres. Los brotes primaverales habían sacudido también nuestros cuerpos y nuestros corazones con el nuevo renacer de la naturaleza. A ello se añadía una singular agitación que vivía el colegio: se rumoreaba que, en breve, llegaría la Madre Cándida a Tolosa.

Eran rumores de pasillo que crecían con el paso de los días. Las alumnas veteranas, que habían visto en otras ocasiones a la Fundadora, nos hacían sentir la expectación de su llegada: "¡Huy! ¡Tiene una mirada que te penetra hasta el fondo ¡ ¡Hasta adivina los pensamientos!" Estos y otros comentarios nos hacían a las que estábamos ansiosas de conocerla. Eso sí, todas coincidían en que era una mujer muy bondadosa, y de un corazón muy grande, en el que cabía el mundo entero.

Ocurrió un día cualquiera: al final de la jornada de la mañana, nuestras profesoras nos mandaron bajar a las colegialas de los últimos cursos al amplio vestíbulo cercano a la portería Nos tenían reservada una sorpresa. Lo recuerdo como si fuera hoy: en el amplio corredor permanecimos unos pocos minutos en actitud de espera. Antoñita estaba a mi lado, con otras niñas, junto a una de las ventanas.

De repente, en el dintel de la puerta apareció la directora con otra religiosa que yo no conocía. Se hizo un silencio total y una especie de electricidad sacudió nuestros cuerpos. En seguida supe, antes de que nadie me lo dijera, que era la Fundadora. No podía ser otra. Tenía un no sé qué imposible de describir. Quizá era la bondad de su rostro o acaso su mirada, que acariciaba y penetraba al mismo tiempo en nosotras o tal vez fuera su sonrisa cercana que acortaba distancias. Era todo esto y mucho más.

La Madre Cándida acababa de llegar y quería ya abrazarnos y cruzar unas palabras con nosotras. La directora le iba presentando por su nombre, a cada una de las colegialas y ella tenía palabras amistosas para todas. Era curioso: nadie se cohibía ante ella. Era una más de la casa.

Cuando la Fundadora llegó a nuestro lado, después de conocer que éramos hermanas, me abrazó primero a mí, que estaba delante en la fila. Luego sus ojos se clavaron fijamente en Antoñita. Su mirada se hizo penetrante y misteriosa. Percibí que mi hermana estaba emocionada. Durante unos instantes, que a mí se me hicieron eternos, la Madre Cándida permaneció en silencio. Entonces yo, como había oído que en ocasiones adivinaba el futuro, me atreví a preguntarle desde mi espontaneidad:

-Qué será de mi hermana? ¿Lo sabe usted?

A la Fundadora le hizo gracia mi pregunta. Se sonrió y, mirándola, dijo como en un susurro:

-Antoñita será Hija de Jesús.

Y se disponía a seguir su camino con la misma naturalidad con que había pronunciado estas palabras cuando se volvió, inesperadamente, y esta vez su mirada se posó en mí:

-También tú, Natali, serás Hijas de Jesús

Me quedé sin palabras. Algo misterioso se cernía en derredor. Observé que mi hermana tenía el rostro encendido de un suave carmín. Su mirada, profunda, perdida en el infinito. NO sabía qué pensar. Estaba yo entonces muy lejos de seguir esa ruta. A mis casi catorce años, otros sueños poblaban mi feliz adolescencia. Recuerdo que, sobrepuesta ya de la emoción, a la hora de las confidencias, le dije a mi hermana, que aún conservaba la impresión que le había producido el encuentro.

-La Madre Cándida será una santa, no lo dudo, pero profeta no es: yo no pienso ser religiosa. Y no creo que tú lo seas alguna vez. Quieres demasiado a los aitas y a los hermanitos para dejar un día esta casa.

OCURRIÓ UNA MAÑANA…

El que no quisiera entonces – a mis catorce años –ser monja, no significaba que no intentara de otra manera vivir mi fe. Admiraba yo mucho a la ama y quería ser como ella: me veía, en mi propio hogar, rodeada de unos críos tan guapos como mis hermanos y, eso sí, educándolos como hacía mi madre con nosotros. Entregarme a esta tarea me parecía entonces el ideal supremo.

Ciertamente la ama nos ayudó a mis hermanos y a mí a crecer en el cuerpo y también en el alma. Fue nuestra mejor catequista. Recuerdo con qué naturalidad nos enseñó a amar a la Virgen. Esta devoción la mamamos de nuestra madre y después creció en nosotros al mismo tiempo que se estiraba nuestro cuerpo y nuestros sentidos se dejaban impresionar por las alegrías de la vida. Este amor prendería fuerte en Antoñita.

Otra gran devoción que nos transmitió la ama fue la de la eucaristía. Supo despertar en nosotros hambre de Jesús. Voy a intentar, si la emoción me deja, relataros la gracia que Dios, por medio de mi hermana, me concedió un día. Es uno de los recuerdos más dulces de mi adolescencia, que me acompañó toda mi vida.

Aquel invierno había sido especialmente crudo. La gripe se había metido, sin llamar en casi todos los hogares. En mi casa nos habíamos contagiado los unos de los otros en cadena. Yo, que había presumido de ser la más fuerte, caí al final cuando ya todos estaban de pie. Y la verdad es que la epidemia se ensañó conmigo: tuve que estar más de quince días en la cama. Cómo me fastidió aquello.

Por entonces Antoñita y yo comulgábamos todos los días, y en mi enfermedad echaba de menos este encuentro diario con Jesús. Un día – ya no tenía fiebre – me puse muy pesada con mi madre:

-Amatxo, déjame salir mañana, sólo un ratito. Quiero ir a comulgar. Luego me acuesto en seguida. Anda, permíteme ir.

-No, Natali, sería una imprudencia. Ya sabes lo que ha dicho el tío Pepe: este año la gripe es muy traicionera. Podrías recaer de nuevo, hija mía. Anda, tranquilízate. Haz una comunión espiritual y Jesús vendrá jun to a ti.

Diálogos como éste se sucedían con alguna frecuencia en aquellos días de mi enfermedad. Antoñita fue muchas veces testigo de ellos. Sabía que la ama tenía razón, pero también sufría al ver insatisfechas mis ansias de comulgar. Mi madre, naturalmente, no cedió.

Una mañana como otras muchas, Antoñita me dio un beso antes de irse a misa de ocho a la parroquia.

-Hasta luego. Natali, rezaré por ti.

-Antoñita, quiero comulgar. Por favor, díselo a Jesús.

Mi hermana me lo prometió, más que con sus palabras con la dulzura de su sonrisa. Ella se marchó y allí me quedé sola en mi habitación. Para consolarme, recé.

Antoñita participó en la misa con la devoción que ella solía. Al volver de comulgar, se arrodilló fervorosa, sintiendo dentro de sí a Jesús. Y así permaneció muy recogida unos minutos.

De repente abrió los ojos y ¡lo que vio! Creyó que soñaba. En el suelo delante de ella, junto a su reclinatorio, muy cerca del púlpito, había una hostia blanca. No dudó de que estaba consagrada, de que Jesús estaba allí y de que ella tenía que llevarla hasta mí. No vaciló un instante. Se arrodilló en el suelo. Abrió su devocionario, sacó dos estampas y, con suma delicadeza, introdujo la sagrada forma dentro del libro – en aquella época se consideraba una irreverencia tocarla, excepto el sacerdote, con los dedos. No se comulgaba como ahora en la mano- .

Corrió veloz por las calles de Tolosa hasta nuestra casa, apretando el devocionario contra su pecho. Con el rostro encendido entró en mi habitación. En aquel momento una de las sirvientas depositaba la bandeja del desayuno en mi mesilla de noche.

-No lo tomes, Natali, no lo tomes –me dijo - .

En aquellos años de los que os hablo era imprescindible estar en ayunas desde las doce de la noche anterior para poder comulgar. Con cortesía le indicó a la sirvienta que saliera y con palabras entrecortadas por la emoción me susurró:

-Te traigo a Jesús, Natali. Incorpórate.

Yo no hacía ninguna pregunta. Es verdad que no entendía nada. Pero me invadió una certeza: Jesús estaba allí. Antoñita que leía el asombro en mis ojos, me dijo:

-Ya te contaré después, Natali. Ahora te voy a dar la comunión.

Y, con delicadeza, sin tocarla, depositó la hostia consagrada en mi boca y salió dejándome a solas con Jesús.

Yo estaba gozosísima . Se habían cumplido mis deseos. “Esto es un milagro”, pensé. Recuerdo que en el colegio nos habían hablado de un santo al que le traían la comunión los ángeles. Estaba claro que yo de santa no tenía nada, pero mi hermana

bien podía ser un ángel. De eso no tenía duda. Ciertamente recuerdo aquel día con un gozo inmenso: el sol, que entraba a raudales por la ventana, llenaba de alegría la estancia, pero otra luz mayor iluminaba y quemaba mi corazón. La fuerte experiencia de aquella mañana me hizo sentir, durante toda mi vida, la ternura de Dios.

Podéis imaginar que en mi casa no tardaron en enterarse todos de lo ocurrido. Imposible ocultar tanto gozo y tanta emoción. La ama estaba aturdida, casi espantada. Le hacía contar a Antoñita una y otra vez, la misma versión. Ante la serenidad de mi hermana, mi madre se desconcertaba aún más. Al fin dijo:

-Anda, hija, vamos a la parroquia para aclarar este asunto. No me explico cómo iba a estar esa forma consagrada en el suelo. ¿Quién la dejó allí? No entiendo nada.

Y allí se fueron las dos. Yo estaba gozosa y feliz pues bien sabía que todo lo había dispuesto Jesús así para que pudiera comulgar aquel día.

Ante la información dada por mi madre, en la sacristía de la Iglesia se armó un revuelo. Tampoco allí encontraban explicación. Los sacerdotes que estaban en el templo, en aquel momento, se quedaron atónitos. Al fin, un monaguillo avispado y que, aunque parecía estar a lo suyo, no perdía ripio de lo que allí se hablaba, ayudó a aclarar lo sucedido.

Todo fue muy sencillo: al parecer, según la versión que dio el chiquillo, el día anterior a u sacerdote mayor, casi ciego, se le cayó el copón mientras repartía la comunión. Con sumo respeto se recogieron las formas consagradas del suelo. Acabada la misa, el mismo sacerdote se dirigió hacia el púlpito para rezar desde él unas oraciones .Sin duda, al abrir la pequeña puerta de la escalera, con el movimiento, una forma que se habría quedado prendida en sus ornamentos fue a caer en aquel lugar donde solía colocarse mi hermana en la Iglesia. Y allí estuvo Jesús, un día entero, esperando a que Antoñita lo hiciese llegar hasta mí. Así de sencillo y así de maravilloso era.

La ama volvió de la Iglesia con lágrimas de emoción. No, no había sido ningún milagro. Había sido un bonito detalle de Jesús.

Pronto lo ocurrido corrió de boca en boca por el lugar. Hasta la Madre Cándida en sus idas y venidas a Tolosa lo oyó contar. Y quiso oírnoslo relatar directamente a Antoñita y a mí. Y, mientras nos escuchaba, por sus mejillas se deslizaban unas lágrimas…

¡ QUÉ JOYA DE CHICA !

Al releer algunos párrafos de esta historia, me entra un poco de preocupación por si estoy falseando, sin querer, la imagen de mi hermana. Pues al hablaros de esa vida profunda de su vertiente interna, quizá alguno piense que era Antoñita una chica un tanto seria y retraída, y hasta rara. Estaríais en un error. De eso, nada. Tendríais que haber oído su risa contagiosa y espontánea para entender lo alegre que era.

En el colegio estaba siempre rodeada de las chicas de su curso. Y no digo nada de las más pequeñas, que la buscaban con cualquier pretexto. Con algunas

compañeras intimó más, y juntas hacían algunas travesuras como aquel día en que, creyéndose explotadoras, saltaron una tapia para observar lo que pasaba más allá de los altos muros de una finca. Al descubrirlas el dueño dentro de sus dominios, no se le ocurrió otra cosa que azuzarles el perro. ¡Vaya susto que se llevaron…! El animal que para ellas debió asemejarse a un tigre, agarró a una del grupo por la falda del uniforme, mientras las demás, asustadas, rodaban por un terraplén. Menos mal que acudió un obrero que allí trabajaba y pudo llevarse al perro consigo. Durante un rato corrieron desaforadas en dirección al colegio. La cosa no era para tomársela a broma. Aunque, cuando pasó el susto, celebraron el hecho con risas y comentarios chistosos.

Por otra parte, Antoñita era una artista y hubiera triunfado en las tablas. Tendríais que haber visto la facilidad con que imitaba a toda clase de personas en sus gestos o en sus voces. En cualquier festejo de amigos o en las reuniones familiares, se le pedía en seguida que sacase a relucir sus artes y habilidades. No se hacía de rogar. Rápidamente salía al centro del corro a imitar a un personaje conocido de todos: una profesora del colegio o cualquier persona original o típica de Tolosa. Los que estaban presentes se desternillaban de risa con su gracia y simpatía. Era una suerte tenerla en momentos festivos o en los ratos de esparcimiento.

Por aquella época, el colegio – abierto los fines de semana – ofrecía a las alumnas espacios culturales y de recreo. Ente las distintas actividades propuestas, estaban los grupos teatrales que preparaban y representaban distintas obras clásicas o modernas, religiosas o profanas. A Antoñita le encantaba subirse a un escenario. Se encontraba allí en su salsa. Y como sus dotes artísticas y declamatorias eran excepcionales, a ella le correspondía casi siempre ser la protagonista. Así se transformaba, durante unos momentos, en princesa o en aldeana y encarnaba tan bien el personaje que el público la aplaudía entusiasmado.

Se solía llenar el teatro de familiares y amigos de las “artistas”, por lo que el nombre de Antoñita empezó pronto a sonar en Tolosa. Además, a sus cualidades artísticas, unía mi hermana una belleza que levantaba admiración a su paso; en plena adolescencia, era una joven bonita, esbelta, con unos ojos negros, penetrantes, que contrastaban con la excesiva finura de su tez, de un color blanco rosado, adornada por una hermosa cabellera de un tono castaño claro, casi rubio. Los chicos de Tolosa decían que era preciosa.

Claro que también influían en su popularidad nuestros apellidos: la ama, ya os lo he dicho, pertenecía a una de las familias más importantes de Tolosa; y el aita era el secretario del ayuntamiento, con la asignación pública que tal función conllevaba.

Con todo esto, entenderéis que no fuese raro escuchar en Tolosa frases como ésta: “Esa muchacha de los Bandrés es una joya” o, también, “Lo que promete la segunda hija de Ramontxo”. Así llamaban a mi padre los amigos.

Yo, al oír estos piropos lanzados a mi hermana, me ponía, lo confieso, como un pavo real. Pero ¿qué sentía, mientras tanto, Antoñita?

A través de sus grandes ojos negros, se asomaba una mirada alegre, sí, pero con una chispita de melancolía. Creo que todos esos éxitos, por mucho que la alagasen no llegaban hasta la hondura de su ser.

EN LOS SINDICATOS

Esa gran mujer, que fue mi madre, estaba siempre atenta al desarrollo de nuestra personalidad. De sobra entendió que, dada la posición social de la familia, podríamos convertirnos en unos niños tontos, es decir, en "niños pijos" como los llamáis ahora. Eso la horrorizaba y atajó el mal en su raíz.

Comprenderéis que en casa se necesitaban personas que ayudasen en las tareas del hogar pues mi familia ¡tan numerosa! parecía un colegio. Desde muy pequeños mi madre nos hizo adoptar una actitud de respeto y deferencia para estas muchachas que trabajaban con nosotros y respecto a las cuales - solía decirnos – no éramos superiores.

Antoñita aprendió muy bien la lección. No era raro encontrarla, con su delantal azul o limpiando los zapatos. Algunas noches salía descalza de su habitación para que la ama, que la creía dormida, no sintiese sus pasos hacia la cocina, donde acudía a ayudar a las sirvientas que remataban los últimos trabajos del día. A veces trataba también de disculparlas. Un día estaba mi madre en el salón cuando se oyó en toda la casa un estrépito de platos que caían al suelo: una de las muchachas, distraída, había dejado caer un montón de ellos y fueron varios los que se rompieron. La ama se apresuró a poner orden en la cocina y a echarle a la culpable una riña oportuna. Antoñita le salió al paso:

-Amatxo, ha sido sin querer. Además, yo estaba allí y también soy culpable.

Sus palabras siempre desarmaban a mi madre, que no podía por menos de deponer su enfado. Era natural, pues, que las personas que trabajaban en casa la quisieran tanto y que tuvieran con ella una gran confianza. Os contaré en los próximos capítulos, una anécdota simpática que tuvo como protagonistas a mi hermana y a la cocinera.

Pero la influencia de la ama llegó más lejos. La Tolosa de nuestros años jóvenes era uno de los principales centros industriales del País Vasco, como ha os he dicho, con gran número de personal obrero. Mi madre, de gran sensibilidad social, colaboró no poco en la promoción de las muchachas que trabajaban en las fábricas.

De su mano, Antoñita se introdujo en este mundo del trabajo. Dentro de los distintos sindicatos, que operaban entonces en el mundo obrero, estaba el católico en el que desplegó una gran labor social. Fue sobre todo. A partir de sus quince años cuando desempeñó su actividad en este campo. Trabajó con entusiasmo en la formación de las obreras: atendía, en las primeras horas de la noche, a unas veinte jóvenes trabajadoras. Las instruyó en la lectura y la escritura, en las labores de aguja y otros trabajos caseros. También les enseñaba canciones religiosas o del folklore vasco, rompiendo así el ritmo de otros quehaceres más monótonos. Pero no era esto todo: a

través de este centro de estudios las conoció personalmente, se hizo su amiga, supo de sus problemas y se interesaba por cada una de ellas en particular.

No os hablo de memoria Estas chicas tienen nombre y rostro propios. Os presento sólo a algunas: Mariana, afiliada a la Casa del Pueblo, que repetía, una y otra vez, que debía su felicidad a Antoñita, que ella la ayudó a decidir, entre dos chicos que la pretendían, por aquel que hoy es su marido. Y añadía: "¡Vaya si tuvo ojo! Hoy soy completamente feliz". No se cansaba la buena de Mariana de elogiar a Antoñita: gracias a ella también – así me lo refirió – había encontrado un buen empleo.

El caso de Rosa era más triste: joven viuda con cuatro chiquillos, el mayor de cuatro años, cobraba un sueldo mísero en una fábrica de papel. Lo que ganaba ni siquiera daba para alimentar a sus pequeños. A mi hermana se le partía el corazón viendo su angustia. ¡Tenía que haber alguna solución! Y claro que la encontró. Con el visto bueno de la ama consiguió que le cocinasen en nuestra casa el almuerzo y, a la salida del trabajo, Rosa recogía el puchero, lleno hasta rebosar, con el que se alimentaban e iban creciendo sus hijos.

Está claro que nuestros padres, que tanto nos habían inculcado la obligación de compartir lo nuestro con los menos favorecidos por la vida, no se podían negar ahora a los ruegos de Antoñita.

A las trabajadoras que querían les daba clase también de catequesis: ella no desperdiciaba ocasión de acercar los hombres y mujeres a Dios. ¡Y con qué naturalidad lo hacía! A esta labor entregaba lo mejor de sí misma: María era una trabajadora que en su vida había pisado una iglesia. Las palabras de Antoñita y, sobre todo su ejemplo, le hicieron plantearse a fondo su existencia. Poco después era una excelente cristiana.

Y como estos casos que os he contado, ¡cuántos! Las obreras del sindicato coincidían en sus palabras al hablar de ella: "Todas las personas que pasaron por este centro eran buenas, pero Antoñita fue distinta a todas. En cuanto la veíamos entrar por la puerta, la aplaudíamos encantadas".

Se comprende muy bien que sintieran su marcha y no se consolaran fácilmente por su ausencia.

COMO UNA BOMBA

El tiempo seguía corriendo al ritmo de las lluvias y de los soles que fecundaban nuestros campos. Antoñita tenía ya quince años cumplidos y yo iba camino de los diecisiete. Rafaelita estrenaba por entonces su adolescencia. El aita estaba orgulloso de nosotras y presumía con frecuencia de sus hijas. Le gustaba pasear por las calles de Tolosa llevándonos a su lado y escuchando los elogios que sobre nuestra incipiente juventud le hacían las personas conocidas.

Recuerdo aquellas fiestas de San Juan tan bullangueras y divertidas, pateando las plazas y paseos de mi ciudad. A veces íbamos con nuestros padres a saborear el ambiente festivo de las calles y a contemplar la magia que desprendían las hogueras.

Los sanjuanes de Tolosa tenían fama, ya entonces, por el carácter popular de sus festejos.

Eran inevitables los encuentros con las familias conocidas de los aitas y con sus hijos. Pronto los jóvenes hacíamos un aparte, y se oían, estrepitosas, las risas y las bromas. En esos ratos de convivencia, Antoñita se llevaba, sin pretenderlo, todas las miradas. Su belleza y un encanto especial que despedía su persona, la hacían muy atractiva. Por estos años, tenía en Tolosa muchos admiradores que le seguían los pasos.

Cuando estábamos solas las hermanas o iba con su grupo de amigas, solía aparecer una pandilla de chicos que se hacían los encontradizos y andaban merodeando en derredor. Entre ellos iba un tal Ramontxo que sorbía los vientos por Antoñita. Todos en casa lo sabíamos entre risas y burlas divertidas. Hasta los pequeños le gustaban bromas sobre su enamorad. Y es que el muchacho aparecía donde menos se esperaba. Sobre todo, era fácil encontrarlo en las inmediaciones del colegio, a la hora de las entradas y salidas de las alumnas.

Mi hermana prefirió ignorarlo hasta que se hizo tan evidente como la luz del día.

-Natali, este chico me sigue a todas partes.

- Pues sí que es noticia. Lo sabe toda Tolosa. ¿Y eso qué importa.

-Me pone nerviosa, no me quita los ojos de encima.

-Si no te gusta, ignóralo. No le hagas caso.

-No se trata de eso, Natali. MI opción está hecha: hace tiempo que le entregué mi amor a Jesús. Quiero ser toda de Él.

Era la primera vez que Antoñita me hablaba, abiertamente y del todo convencida, de su vocación. Claro que para mí no era ninguna sorpresa, me bastaba contemplar su vida para saber que mi hermana emprendería un camino de altos vuelos. Pero esta confidencia suya me hizo un nudo en la garganta.

Rafaelita y yo éramos un poquillo más extravertidas. Nos divertíamos mucho en las fiestas y con la bulla callejera. Es verdad que a veces, desde hacía algún tiempo, sentía yo un cosquilleo en el corazón que despertaba en mí no sé qué inquietud. Procuraba no pensar y me aturdía con el ruido de la vida y con las voces de los amigos.

Me viene a la memoria el recuerdo de una noche en la que estaba invitada a una fiesta. Antoñita no quería que asistiese y trató de disuadirme. Quizá porque presentía que el ambiente que se respiraría allí sería frívolo e insustancial. Pero yo estaba encaprichada. Me hacía mucha ilusión ir, hasta me había hecho un traje especial para ese momento. Me acicalé, pues, delante del espejo y allá me fui a divertirme.

Volví bastante tarde. Todos en casa dormían. Sólo Antoñita me esperaba despierta.

-¿Te has divertido mucho?, me preguntó.

La verdad es que no lo había pasado demasiado bien y que regresaba un tanto decepcionada de la fiesta, pero no quería reconocerlo. Era como admitir que mi hermana tenía razón cuando me aconsejó que no fuera. Por eso le contesté:

-Sí, lo he pasado muy bien. Déjame, tengo sueño.

No tenía ganas de hablar y traté de cortar la conversación. Antoñita que era muy lista, intuyó la amargura de mi corazón y no quiso hacer más grande la herida.

Teníamos en la habitación un cuadro de Teresa de Jesús, de quien mi madre era muy devota. No sé por qué mis ojos se encontraron con la imagen de la santa de Ávila y me parecía como que me hablaba. Antoñita que me estaba observando, pronunció como en un susurro, aquellas palabras que tanto impresionaban a Teresa en su tierna edad al pensar en la eternidad: "Para siempre , siempre, siempre…". Y recuerdo que mirándome añadió.

-Sólo lo eterno, Natali, saciará la sed de tu corazón.

Tardé mucho en dormirme. Daba vueltas en la cama un tanto inquieta. Seguía oyendo el eco de las palabras de mi hermana: "Lo eterno…lo eterno…lo eterno…".

Pasaron muchos meses – casi un año – de luchas en mi interior. No era fácil renunciar a tantos proyectos de mi incipiente juventud. Me gustaban los chicos y estaba segura de que hubiera sido muy feliz, en mi propio hogar, rodeada de unos cuantos hijos. Pero no era menos cierto que Jesús me fascinaba y me atraía cada día más. Por eso, después de pensármelo mucho y de vencer no pocas resistencias, les dije a los aitas que me iba a Salamanca al Noviciado de las Hijas de Jesús.

En Tolosa cayó como una bomba mi marcha. De mi hermana lo hubieran esperado, pero de mí… Claro que ya me lo había dicho un día la Madre Cándida y no lo creí.

¡Pobres aitxos ¡ Recuerdo que , con el rostro lleno de lágrimas, me dijo mi padre al despedirme: "…Y la otra se irá detrás de ti". La otra, ya lo imagináis, era Antoñita.

CON LOS MÁS POBRES

Me fui al noviciado, pero mi trato con Antoñita no aminoró. Por estos años mi correspondencia con ella era muy abundante. Solía escribirme muy a menudo y me daba cuenta de todo lo que concernía a la familia y a su persona. También la ama me tenía informada de todo. Puedo seguir contándoos, pues, sin dificultada la vida de mi hermana.

En otro capítulo os he hablado de su participación en la vida y el trabajo de los sindicatos, pero su sensibilidad social la llevó además a buscar - y con más cariño – a los más miserables de la ciudad.

Los tolosarras conocían bien –es verdad que muchos sólo de oídas – la indigencia del barrio de Belate, la "residencia" de los pobres y vergonzantes. Antoñita lo pateó muchas veces: estaba familiarizada con aquellos míseros lugares. Unas veces, acompañada; otras, sola, buscaba aquellas chabolas en las que sabía que pululaban el hambre y la enfermedad, sin detenerla la sociedad ni la hediondez de las viviendas.

Ni siquiera la ama, que sabía de sus correrías por el barrio, conocía toda la labor de Antoñita junto a aquellos marginados. Lo supo más tarde, cuando esas mismas personas la buscaron, lejos ya mi hermana de Tolosa, para desahogar con ella su dolor por el vacío de su ausencia.

Os voy a hacer una presentación de algunos de estos amigos de Antoñita a los que ella ayudaba en sus visitas:

Ambrosia, es una mujer enferma, con unos cuantos chiquillos. Su marido hace tiempo que la abandonó. Habita la familia en una casa cochambrosa sin lumbre y sin pan. Bueno, no os digo sin luz ni agua caliente, porque ya entendéis que eso era un lujo en aquella época. Una hija de esta señora contó después a la ama cómo Antoñita limpiaba a su madre, los lavaba a ellos y barría y fregaba la sucia vivienda.

Joaquina tiene un montón de hijos. El padre se gasta, en la taberna, su escaso jornal. En su casa falta lo necesario. Pero no es el hambre lo peor. Mucho más angustioso resulta la llegada a casa a altas horas de la noche, del marido que, excitado por el alcohol arremete a golpes contra la mujer y sus hijos, que de miedo buscan meterse en cualquier escondite. Todos los días la misma pesadilla. Sólo Antoñita fue capaz de llegar al corazón de ese hombre insensibilizado por la dureza de la vida: "Ya ve, señora, su hija lo transformó en un dócil cordero", era el comentario de Joaquina a la ama, y seguía: "¡Nos hizo tanto bien Antoñita! ¡No la podemos olvidar!

Sus correrías llegaban hasta los últimos rincones: Genoveva es una vieja paralítica que vive sola, comida por la suciedad. El mucho sufrir y el duro penar han agriado su carácter. No hay persona que la soporte. Los vecinos aparecen por su casa lo menos posible. Antoñita supo, casualmente, de su existencia y allá se fue. Muchas veces me he preguntado cómo podría aguantar mi hermana. Tan delicada y exquisita en sus gustos, la hediondez de la mugrienta casa. Su visita no era la del médico. Allí pasaba ratos enteros: la lavaba y la peinaba después de desinfectarle el cabello… y hasta le limpiaba la mugrienta vivienda. Y todo esto tratando a veces de esquivar sus puñetazos agresivos y soportando siempre su mal genio. En algún momento, incluso, la pobre mujer le gritaba enfurecida: "Déjame en paz o te clavo las uñas…"Antoñita sabía muy bien que su mal carácter se debía a los muchos sufrimientos y extremaba su cariño hacia ella.

Algunas tardes del domingo las pasaba con otras personas que no eran menos pobres: los asilados de la Casa de la Misericordia y los enfermos del Hospital donde consoló muchas veces a mujeres y hombres enfermos y a los que se encontraban en soledad. Guardó toda su vida el recuerdo de aquella joven tuberculosa, completamente desahuciada, a cuyo lado permaneció muchos ratos sin importarle el posible contagio. De ella recogió una dulce sonrisa de agradecimiento en el momento de su muerte.

En el mismo hospital visitó muchas veces a Maritxu, una niña esquelética y raquítica, a quien la ama había arrancado de la tiranía de nos padres desnaturalizados que la tenían secuestrada debajo de las escaleras de su propia casa. Antoñita la tomó a

su cargo y mientras vivió la pequeña – su existencia fue muy corta - ,no le faltaron nunca cariño y atenciones. Incluso logró que sus amigas colaboraran con ella: juntas la prepararon para la primera comunión y le hicieron pasar un día inolvidable. Maritxu, a quien nadie había ofrecido hasta entonces afecto ni amistad, la miraba emocionada desde el asombro que reflejaban sus ojos tristes.

En su dedicación a estos pobres marginados de la sociedad había algo más que un simple altruismo. La razón principal de su entrega la encontramos en unas palabras que nos dejó escritas en su diario: "Seguir a Jesús y estar al lado de los pobres es una misma cosa". Ciertamente este amor comprometió su existencia. Además Antoñita, ya desde el colegio pertenecía a la congregación mariana – los grupos que hoy se conocen con el nombre de "comunidades de vida cristiana", es decir C.V.X – y este estilo de vida, que ella libremente había asumido, la impulsaba a una proyección social y a una atención constante a estos desheredados de la fortuna.

Aparte de su tiempo y de su cariño, los ayudaba también materialmente con sus pequeños ahorros. ¡Ah!, se me olvidaba: Antoñita era muy golosa, tenía fama merecida de ello; por los que los familiares, especialmente la abuelita Inés, le regalaba con frecuencia bombones y otras golosinas. Y muchas veces estos obsequios sin siquiera desenvolverlos, iban a las manos de sus amigos pobres.

Y hacía más: como tenía mucho ascendiente entre los hermanos y la panda de amigas, se los ganaba a todos para su causa. DE ahí que a veces juntase, si no lo suficiente, sí algún dinerillo para comprar lo más necesario a estas personas marginadas. Y el caso es que lo hacía con tal sencillez y convicción que todos acababan pensando que era la mejor forma de hacer producir sus "ahorrillos".

Claro que Antoñita no se conformaba sólo con esto: con permiso de los aitas, socorría también a los menesterosos con comida o ropa que se procuraba en el propio hogar. A veces la ama solía decir: "Esta hija me desvalija cualquier día la casa". Y sus palabras estaban llenas de complacencia, aunque aparentasen un leve enfado.

LA ALEGRÍA DE LA CASA

Antoñita repartía alegría en derredor. De alguna manera su vida, ya os lo he dicho, fue eso: poner un poquito de felicidad en el corazón de los demás. No os costará mucho entender que gozar de su compañía y de su cariño era una regalo que Dios hecho a nuestra familia. Su presencia en casa lo llenaba todo. Si mis padres llevaban mejor mi ausencia, era porque allí quedaba ella dándoles su dedicación y su afecto. La ama siempre había contado con las dos mayores para la educación y el cuidado de los pequeños. Éramos como sus dos brazos- eso solía decirnos - A Antoñita le tocaba ahora hacer su trabajo y el mío.

Mi hermana era una criatura llena de ternura. Su sensibilidad –lejos ya de aquellas actitudes infantiles de sus primeros años – la había dirigido siempre hacia los demás. De una manera especial volcaba su afectividad en el familia. Para el aita, aunque Antoñita era ya una jovencita alta y esbelta, seguía siendo su "pospito", así la

llamaba cuando la abrazaba con ternura. Cuando mi padre volvía, a la caída de la tarde, al hogar con sed de intimidad cansado del trabajo cotidiano, apenas mi hermana le sentía, corría a buscarle las zapatillas que ella misma le ponía. Estas escenas eran frecuentes, y ¡lo que gozaba el aita con el cariño de Antoñita!.

Su amor hacia mi madre es difícil de expresar. Algunas veces, al tiempo que la besaba, le decía con cariño: "Amatxo, maite, maite…" – en castellano sería algo así como "madrecita tan querida…" - . Y en ella estos gestos no eran excesivos ni afectados, pues en todas sus actitudes se mostraba siempre muy sencillespontánea.

Su trato con mis hermanos era punto y aparte. Si los aitas tenían que salir y ella se quedaba en casa, no había ningún problema. Todos la adoraban, principalmente los pequeños. Tenía una facilidad asombrosa para entretenerlos y divertirlos. Pero en su relación con ellos había algo más: los formaba poco a poco en el compartir y en la solidaridad.

Junto a un altarcito de la Virgen, que ella había montado en casa y en el que había siempre flores frescas, colocó una cestita con este letrero: "Para depositar obsequios". Los obsequios muchas veces, eran el fruto de las renuncias de los pequeños – y de los mayores – de la casa. Los destinatarios eran los pobres de Belate u otras personas necesitadas.

Era una gozada ver desfilar, ante el altar, a los enanos: Ramontxo, que llevaba el nombre del aita y de los dos hermanos que habían muerto sucesivamente en la niñez; José-Mari, que era un chiquillo muy travieso; Luis, el más pequeño de los niños. Todos acudían a depositar en la bonita cesta que la misma Antoñita había forrado de azul un dulce o algunos céntimos - entonces una fortuna – que constituían la paga de la semana. Sobre todo, a José-Mari, a sus cinco años, le suponía un acto heroico. En ocasiones se resistía a dejar el bombón que acababan de regalarle. Lo contemplaba una y otra vez, ¡estaba tan rico…! Pero el recuerdo de los amigos de Antoñita le daba el último empujón y, al fin, la golosina iba a parar al fondo de la cesta. Pero, claro, no todos los días se puede ser héroe: una tarde se dejó llevar por la tentación y… relamiéndose los labios, se apoderó de nuevo de su bombón y también de los de sus hermanos. Vació toda la cesta. Y se zampó, en un instante, todos los dulces que en ella había.

Los otros lo pillaron con las manos en la masa. La boca y las manos llenas de chocolate. ¡La que se armó! Los pequeños, enfadados, se pusieron a gritar. Al oír el alboroto, acudieron también Mari-Tere y Juanita que, a sus nueve y ocho años, presumían de mayores ante los enanos. Todos increparon al pobre José-Mari que se sentía avergonzado:

-¡Glotón!. ¡Te has comido tu bombón y los nuestros!

-¡No has dejado nada en la cesta!

-¡Se lo vamos a decir a Antoñita!

-La Virgen te lo ha visto hacer y se ha enfadado!

El niño se defendía, como podía, de las acusaciones de sus hermanos y les contestaba en su ingenuidad.

-¡Imposible! No me puede haber visto la Virgen. Antes de comérmelos, he corrido la cortina del altar…

Eran escenas entrañables que terminaban siempre con la presencia de mi hermana que ponía el punto final en la discusión y conseguía que los pequeños hiciesen las paces. Todo lo que dijera Antoñita para ellos, "iba a misa" y no se discutía más. Tal era el ascendiente que tenía sobre los niños.

En otro momento os he hablado del amor por la Virgen que sentía mi hermana y de su entusiasmo apostólico. Pues veréis: en algunos días del mes de mayo o en la novena de la Inmaculada, solía reunir en casa a sus jóvenes amigos – pobres e indigentes - de Tolosa. Después de una breve y amena catequesis –en la que los chiquillos la escuchaban sin pestañear - , rezaban y cantaban todos ante el altarcito. Solían ellos traerle flores silvestres y disfrutaba ella mucho colocándolas, ayudada por los muchachos a los pies de la Virgen. La reunión solía terminar – era ya costumbre – con una merienda que les ofrecía Antoñita. Y después todos muy contentos abandonaban la casa despidiéndose con alegres muestras de afecto de mi hermana, que, asomada al hueco de la escalera, les recordaba la próxima reunión.

Las muchachas que trabajaban en casa ponían el grito en el cielo cada vez que esto ocurría: se quejaban de que "la tropa" de muchachos – así los llamaban - lo ponían todo perdido. Menos mal que como era Antoñita la organizadora de estos festejos y era "su ojito derecho" acababan aceptándolo. Aparte de que ya se encargaba ella de dejarlo después todo limpio.

NOVIO CON SIETE MIL DUROS

Antoñita se multiplicaba: aparte de sus estudios - llevaba ya muy adelantados sus cursos de piano – ayudaba a la ama en su cuidado hacia los pequeños. Estaba también presente al lado de los pobres y necesitados de Tolosa, y todavía tenía tiempo para ayudar a las sirvientas de la casa.

Esta vez será Josefa, la lavandera, quien reciba su ayuda. Se la ha encontrado con su carga de ropa a la cabeza. En nuestra casa, al ser tantos, siempre había muchas prendas que lavar y por eso el balde de la colada estaba lleno hasta rebosar:

-¡Huy! ¡Qué cargada vienes hoy, Josefa! Anda, deja que te ayude.

La lavandera ha bajado su cubo de ropa blanca al suelo y entre los dos lo han llevado hasta el planchador. Sabe muy bien Josefa que no es fácil encontrar a alguien que escuche y comprenda tan bien sus dificultades. Por eso mientras mi hermana la ayuda a doblar la ropa, comparte con ella sus problemas e inquietudes.

En la cocina, mientras tanto, comentan las muchachas del servicio que Antoñita se va a ir, dentro de unos días, a Loyola a hacer ejercicios espirituales y que estará allí interna casi una semana. Ellas no saben muy bien qué significa eso de hacer ejercicios,

les suena un poco a encierro y a rezos. Piensan que Antoñita se va a acordar mucho, mientras esté allí, de su casa.

Juana, la cocinera, interviene poco en la conversación. Responde con monosílabos a las preguntas que le hacen las otras. Mientras, rumia en su interior lo cansada que está de trabajar en casa ajena. La verdad es que no se puede quejar, los señores son buenos y pagan bien; pero lleva muchos años sirviendo y va siendo hora ya de tener una casa propia. Claro que las perspectivas que se le ofrecen no la satisfacen. El futuro se le presenta muy incierto. Ahí están sus amigas, todas de su misma edad, casadas, con unos cuantos chiquillos cada una, malviviendo con el mísero jornal que les pagan a sus maridos en la fábrica. Eso no es plan. Para esto mejor seguir como está. Al menos come bien y puede hacer algunos ahorrillos. Así cavilaba la pobre mientras atendía a los pucheros que estaban en el fogón y arrimaba la leña que mantenía el fuego. Si ella pudiese conseguir un novio rico, sería otra cosa. Desde luego aportaría la solución a todos sus problemas. Quién sabe: Antoñita es una santa. A lo mejor a ella sí que la escucha Dios. Y ahora que va a estar más unida a Él en los ejercicios… Pudiera ser que…

Y Juana sigue un día y otro dando vueltas al mismo asunto y soñando con el príncipe azul que vendrá a buscarla. Por imaginar, que no quede. Eso no cuesta dinero.

Los días transcurrieron rápidamente y llegó la fecha en que mi hermana se iba a Loyola a hacer sus ejercicios espirituales. Antoñita se despidió, uno a uno, de todos los habitantes de la casa. Cuando llegó a la cocina, Juana, que la quería mucho, le dio un abrazo y le dijo:

-Antoñita, en estos días en que vas a estar muy cerca del cielo, pide a Dios para mí un novio americano con siete mil duros. De lo contrario me quedo soltera y en esta casa permaneceré el resto de mis días.

No pedía poco la buena de Juana. Siete mil duros suponían, por aquellos años de la segunda década del siglo XX, una fortuna. Era ambiciosa la muchacha.

Cualquiera se lo hubiese tomado a broma, pero, Antoñita, no. Me consta que le pidió a Jesús que le concediese a Juana lo que le pedía: que sería muy bueno que se casara y fuese feliz.

Algunos y algunas de los que me leéis, estaréis pensando que esto es una historieta de ficción que me he inventado para echarle a este relato un poco de imaginación. Pues podéis creerlo. Ocurrió tal como os lo estoy contando.

A los pocos días llevó el cartero una carta a mi casa con el nombre de Juana escrito en el sobre. El remitente la enviaba desde América. Pero lo más interesante era el contenido: un muchacho, que llevaba muchos años en las Indias, le pedía que se casase con él. Y ¡Oh, sorpresa! Le decía que tenía ahorrados treinta y cinco mil pesetas para la dote.

La reacción de Juana no puede faltar que os la cuente. Los de casa pensaron que se volvía loca de alegría y de la emoción. Al cabo de unos meses se casaron – cómo no! – y la cocinera se convirtió en doña Juana. Algún tiempo después de este hecho

que os cuento, visitó a mis padres hecha toda una señora, llena de pulseras y de anillos.

¿Fue todo casualidad? Pudiera ser , pero creo que sería demasiado. La verdad es que Juana decía y explicaba feliz, a todos los que la escuchaban, que había sido un regalo de Antoñita. Que Dios por medio de ella, le había concedido este deseo de su corazón.

Su existencia fue, al parecer, dichosa. Quizá lo de menos fue lo del dinero. Envejecieron juntos su marido y ella. Y, dentro de las dificultades de la vida, vivieron bastante felices. Esto es lo que puedo contaros del asunto.

EN LOYOLA

No era ésta la primera vez que Antoñita hacía ejercicios espirituales. A sus quince años, el colegio mismo, había hecho unos días de retiro bajo la dirección de un padre jesuita: Ya entonces se planteó con seriedad el problema de su vocación religiosa. El sacerdote se quedó maravillado de los muchos valores humanos y religiosos que Dios había puesto en ella, y de la grandeza y de la fidelidad de su corazón.

Algún tiempo después de esos ejercicios, ella misma me confesó que, con permiso de este sacerdote, había hecho voto temporal de castidad que renovaba en las fiestas de la Virgen. Era sencillamente un anticipo de ese voto de virginidad que deseaba hacer un día – y para siempre - en la vida religiosa. Muy claro tenía ella que su vida entera, con toda su afectividad, sería para Jesús.

A partir de aquel retiro, aunque seguía siendo la misma muchacha alegre y simpática, algo había cambiado dentro de ella que se reflejaba en la profundidad de su mirada. En mi casa, de alguna manera, todos sospechaban que Antoñita acabaría – como yo – en el noviciado, aunque ella aún no había dicho nada.

En la primavera de 1915 – Antoñita tenía ya diecisiete años – Rafaelita y ella se apuntaron a una tanda de ejercicios en la casa de Loyola. Eran los primeros que iban a hacer internas y en un silencio total. Antoñita acudió dispuesta a decidir en ellos el rumbo de su vida.

Estaba pasando por entonces unos momentos malos. En sus cartas, muy abundantes en estos meses, me abría su alma con ese candor tan propio de ella: que Jesús la llamaba a ser sólo suya, lo seguía teniendo tan claro como la luz del día, pero el camino hacia el noviciado se le presentaba muy empinado.

Los aitas, tan cristianos y respetuosos siempre con nuestras decisiones, no podían oponerse a su vocación. Pero daos cuenta de lo que les costaría ver salir de casa en poco más de dos años, a dos hijas y, encima, a las mayores. Era natural que les supusiera un gran sacrificio y que exteriorizasen su dolor. La ama sentía además su marcha por el ascendiente tan positivo que ella ejercía sobre el resto de los hermanos, principalmente sobre las mayorcitas: Rafaelita estaba en plena adolescencia, todos sus sentidos abiertos a las sorpresas de la vida, con dieciséis años recién cumplidos y un

corazón impetuoso abriéndose al amor. Antoñita era su confidente y, por supuesto, su amiga. Mi madre descansaba en esta influencia de la mayor sobre la pequeña. Ella sabía todo esto y sentía tener que contrariar estos sentimientos de la ama.

Por otra parte, ya os he hablado d los afectos tan profundos que sentía mi hermana por la familia. Por aquellos meses una persona cercana a nuestra casa, que la conocía muy bien, me decía en una carta que sería desgarrador para Antoñita el sacrificio de dejar a los aitas y a los hermanos. Yo también lo creía así y sentía, en mi carne, su propio dolor.

A Loyola fue, pues, a tomar una decisión y a decirle que sí a Jesús si es que Él quería realmente que se fuese al noviciado. Fueron días difíciles. En su corazón era d noche y no parecía brillar la luz. Mil motivos se le presentaban para dilatar su partida: era muy joven y bien podía esperar aún algunos años… No tenía por qué hacer sufrir tanto a los aitas con su marcha… Estas y otras imaginaciones más se agrandaban en su mente y le producían un desconcierto total. Y, aunque la fe le decía que Dios estaba con ella, no sentía su presencia ni su consuelo. Tuvo momentos de desánimo en los que experimentaba su impotencia y el desgarro de su corazón.

Pero, al final, su amor a Jesús triunfó sobre su debilidad y la luz venció a la noche. De sobra sabía ella que si dilataba su ida al noviciado, no iría jamás: siempre encontraría algún impedimento para posponer la fecha, algún motivo para decir que no. Con la ayuda de la Virgen salió, una vez más, victoriosa en la tentación. Se iría a Salamanca y, además, ese mismo año.

Al contaros esto, me viene a la imaginación la persona de Juana, nuestra cocinera, de quien os acabo de hablar. Ella estaba tan feliz porque, gracias al novio americano, iba a ser toda una señora y podría lucir hasta bonitas joyas. Antoñita lo tenía todo: belleza, dinero, posición social… y más de un admirador entre los jóvenes tolosarras. Y ya veis, lo dejó todo. La atracción que sentía por Jesús era tan grande que le compensaba con creces. Pero, claro, muchos no lo entendieron y algunos hasta pensaron que estaba loca.

UN COMPÁS DE ESPERA

¡Pobres aitas! No tengo más remedio que lanzar, desde estas páginas, un ¿hurra! a su generosidad. Una vez más aceptaron que sus hijas marcaran el rumbo de su vida, aunque contrariase sus deseos y previsiones. Aparte de que su conciencia cristiana acababa siempre por imponerse.

Mi hermana estaba dispuesta a irse al noviciado antes del verano. A mis padres les pareció muy rápida la marcha y le rogaron que la retrasarse algunos meses por lo menos. No era mucho pedirle. Aparte de que su mismo confesor en Tolosa, al ver lo que .le costaba dejar a la familia, tuvo miedo de que no resistiese muchos días en el noviciado y le aconsejó que esperase algún tiempo.

Por entonces, la familia de mi padre que residía en Bilbao invitó a Antoñita a que pasase con ellos unas vacaciones con el fin de que cambiara de panorama y

conociese otras realidades y ambientes.. Actuaban nuestros familiares con la mejor intención del mundo, movidos por el deseo de que mi hermana recapacitase bien sobre su vocación y no actuase de forma precipitada en esta elección tan trascendental para su vida. Pensaban también que Antoñita era muy joven y que conocía poco el mundo.

Entre estos familiares estaba el tío Antxon – de quien ya os he hablado y que tendrá una parte muy importante en esta historia - .Era un hombre muy afectuoso y siempre nos había mostrado un carió especial a todos los sobrino. Cierto que en su corazón había un lugar reservado para mí, la sobrina mayor, y para Antoñita que era, como sabéis su ahijada. Él no entendía mucho la elección de vida que había hecho yo –su fe no estaba muy viva por este tiempo – y, por consiguiente tampoco la que se disponía a realizar mi hermana, aunque siempre se mostró respetuoso con nuestra decisión.

Acudió Antoñita a la invitación hecha por mis tíos, principalmente, por no mostrarse fría ni distante con ellos: le gustaba complacer a todos siempre que podía hacerlo. A los aitas también les pareció bien que cambiase de ambiente y que, durante unos días, descansara de todos sus quehaceres y afanes que no eran pocos.

La recibió la familia con mucho cariño y lo dispuso todo para que pasase unas gratas vacaciones. El tío Antxon organizó los días y las horas como sólo él sabía hacerlo. Le presentó a muchachos y muchachas, hijos de familia amigas, y la invitó a participar en distintas fiestas sociales donde la belleza de Antoñita y su sencillez pronto despertaron admiración y simpatía.

Mi hermana le agradecía al tío Antxon todas sus atenciones y trataba de corresponder a su cariño; ya desde niña había manifestado una predilección especial por su padrino – veréis más adelante hasta qué extremos, ciertamente heroicos, la llevó el amor profundo que sentía por él - . Pero , a pesar de los intentos que Antoñita hizo por adaptarse a esa vida de fiestas y reuniones sociales, pronto entendieron nuestro tío y los demás familiares que su decisión era muy firme, que estaba ella en otra onda distinta y que sabía muy bien lo que quería. Todos acabaron admirando su coraje y su valentía pues no ignoraban lo que le costaba llevar su determinación adelante.

Para dar gusto a la familia, aguantó ella algunos días más allí y regresó a Tolosa con una vocación aún mayor. En una carta que me envió por aquellas fechas me contaba cómo en el fondo se había aburrido con tanto bullicio y de qué manera aquellas vacaciones la habían afianzado en sus deseos de irse al noviciado donde Jesús la esperaba cuanto antes.

Después de su estancia en Bilbao, permaneció unos meses en Tolosa por obedecer y complacer una vez más a los aitas, pero todos sabían en casa que su marcha estaba próxima.

AL TREN AITA

Pasó el verano y parte del otoño de aquel año de 1915. Y se aproximaba la fecha del 8 de diciembre – día de la Inmaculada - , en el que tendrían lugar dos acontecimientos familiares: mi primera profesión y la entrada de mi hermana en el noviciado.

La noticia corrió como la pólvora: "la segunda hija de los Bandrés se va también al noviciado, a Salamanca". Podéis imaginar que hubo comentarios para todos los gustos y que no faltaron expresiones como ésta: "¡Qué pena! ¡Con lo que vale esta muchacha! ¿Por qué se marchará monja una chica tan encantadora?".

Quizá quienes más se conmovieron con su marcha – después de mi familia – fueron las obreras del sindicato. Le organizaron un fiesta como despedida en olor de multitudes. El salón estaba abarrotado de gente. Allí se congregaron hombres y mujeres que querían decir su adiós – quién sabe si el último - a su querida Antoñita. Mariana, aquella obrera a la que ayudó mi hermana a elegir un buen novio entre los dos muchachos que la pretendían. Me contó, algún tiempo después, varios detalles de la fiesta:

"Cada una hizo gala en su honor de sus mejores habilidades: cantamos, tocamos el acordeón... Yo hasta me puse, a bailar, un bonito mantón de manila que sólo sacaba de casa en las grandes ocasiones. Aunque, a pesar del esfuerzo que poníamos en mantener la alegría y la animación, la fiesta terminó con un deje de melancolía por la inmediata ausencia de Antoñita.

Nada de particular tenía que todas estas muestras de afecto le llegaran a mi hermana al alma, y se emocionara ante el cariño tan espontáneo y tan sincero de mis amigos.

Por lo demás fueron unos días muy duros por el desgarrón que suponía para su corazón. Su confesor, quizá en broma, pero dudando todavía de que resitiera la separación de los aitas y de los hermanos, le dijo:

-Antoñita, toma billete de ida y vuelta.

El día 6 de diciembre la acompañaron mis padres y algunos familiares a Salamanca. Por la mañana, un poco antes de la salida del tren, quiso ir a despedirse del colegio. Sus profesoras y las alumnas, sus compañeras, la rodearon con cariño y admiración. Le costaba arrancarse de aquellas clases y patios donde había sido tan feliz.

El tiempo pasaba veloz. Los minutos se sucedían unos a otros. Faltaba poco más de un cuarto de hora para la salida del tren, y Antoñita no tenía fuerzas para separarse de su colegio. La familia esperaba ya con las maletas en la estación, por lo que mi padre se acercó al colegio a buscarla.

-Hija, vámonos, anda. Despídete de todas.

Antoñita no podía moverse. Se agarró fuertemente a la bola de la balaustrada de las escaleras, de piedra por las que ella había subida tantas veces al colegio. Y permaneció unos momentos inmóvil, petrificada, como si sus pies estuviesen clavados en el suelo.

El aita, profundamente conmovido, que no deseaba otra cosa sino que su hija se arrepintiese en el último momento de la decisión tomada, le dijo:

-Bien, Antoñita, no hay otra opción: al ten o a casa.

-Al tren aita.

Y con las lágrimas corriéndole por las mejillas, partió con nuestro padre camino de la estación.

En el andén había amigos y familiares. En un rincón, casi sin atreverse a acercarse por no romper la intimidad familiar, estaban todas las obreras del sindicato. Habían juntado sus ahorros y le traían un crucifijo como regalo de despedida. "Para que te acuerdes de nosotras", le decían con palabras entrecortadas por la emoción.

Por fin, el tren arrancó. Antoñita desde la ventanilla miró con cariño a toda la gente que agitaba el pañuelo para despedirla. Después contempló su ciudad que se alejaba, más y más, entre los montes. Al fondo, la ermita de la Virgen de Izaskun, ante cuya imagen tantas veces había rezado, recibió su último gesto de despedida. Cerró los ojos. Por un instante, pasó por su mente un presentimiento que le hizo temblar: "¿Y si no volviera a Tolosa?".

EN SALAMANCA

Abandonamos Tolosa con el verde de sus montañas y el crecimiento boyante de sus fábricas y de sus empresas. A partir de ahora nuestro maco de referencia será Salamanca, de la que dijo Cervantes que dejaba, a los que por ella pasaban, nostalgia en el corazón. Esta ciudad fue – ya lo recordáis - el lugar elegido por Juanitatxo para fundar la Congregación de las Hijas de Jesús. La misma Madre Cándida había abierto el noviciado en el antiguo caserón de los Mostenses, aquel viejo monasterio que mecían las aguas del río Tormes, donde llevaba yo más de dos años y donde iba a empezar Antoñita su formación.

Era el 7 de diciembre. Me encontraba arrodillada en el primer banco de la capilla, los ojos cerrados, concentrada en la entrega de mi vida que al día siguiente iba a hacer públicamente a Dios. De repente, un beso acarició mi frente: de puntillas, sin hacer ruido, Antoñita había llegado hasta mí. La abracé emocionada. Como saludo, de su boca salieron estas palabras:

-"Natali, ya estamos aquí las dos para ser de Jesús para siempre."

Estoy segura de que todos comprenderéis mi emoción. Pocas hermanas habían crecido tan compenetradas como Antoñita y yo. Nuestras vidas, desde la infancia, habían avanzado paralelas y ahora, en este tramo de nuestra existencia, nuestros caminos se unían todavía más.

Tanto se juntaban nuestras vidas que al día siguiente, festividad de la Inmaculada, yo emitía mis votos de pobreza, castidad y obediencia y ella iniciaba su proceso de formación. Empezaba lo que se conoce con el nombre de postulantado , que no es sino un período de preparación al noviciado. Y todo esto en la misma

congregación religiosa, aquella que había iniciado Juanitatxo en aquel ocho de diciembre ya lejano con nieve y con mucha esperanza en el corazón.

Los aitas, que fueron testigos de nuestra entrega, gozaron y sufrieron con nosotras. Permanecieron algún día más en esta ciudad, pero pronto – nuestros hermanos los esperaban – regresaron a Tolosa.

Antoñita comenzaba otra vida. Yo, que estaba tan feliz de tenerla a mi lado, no podía ocultar mi preocupación. De sobra sabía lo que este cambio iba a suponer a su existencia. La vida religiosa requiere corazones recios. Cierto que Antoñita había demostrado muchas veces que no era una blandengue. Todos sabíamos de su voluntad fuerte, que no se doblegaba ante la dificultad. Pero cuando comparaba sus días en el hogar, cuidada por la tierna solicitud de la ama, con las privaciones que experimentaría ahora, me estremecía. Qué os voy a decir, por ejemplo, del frío del viejo caserón de los Mostenses, que entonces no había en él ningún tipo de calefacción y, justamente cuando ella vino a Salamanca, arreciaban las heladas del invierno. Además, aunque era verdad que no nos faltaba en el noviciado lo estrictamente necesario, también era cierto que vivíamos en mucha pobreza y carecíamos d muchas cosas a las que ella estaba acostumbrada; incluso la misma comida tuvo que costarle bastante, pues era muy distinta de la de casa. Sin embargo, no eran estas cosas materiales las que más renuncia le exigían, ya imagináis que otras realidades que había dejado le suponían un sacrificio mayor.

No os exagero nada: tanto le costó adaptarse a esta nueva vida que hasta sus fuerzas físicas se resintieron y enfermó. Se restableció pronto. Su carne era débil, pero su voluntad era muy fuerte y no conocía la vacilación. Ella sabía por quién estaba allí. Su cercanía y amistad con Jesús eran connaturales en ella. No estaba dispuesta a negarle nada. Y por Él lo hacía todo.

La sonrisa no se borraba de su rostro. A sus compañeras de postulantado les encantaba su mirada acogedora y su actitud siempre pronta para servir. Sin embargo, ¡qué duros fueron estos primeros días de su estancia en Salamanca! Yo misma tardé en enterarme de cuánto le había costado adaptarse a esta nueva vida.

ES PRECISO LLEGAR A LA CUMBRE…

Durante casi un año Antoñita y yo vivimos bajo el mismo techo. Seguro que pensáis que nuestros frecuentes contactos paliaban, de alguna manera, el sufrimiento que le causaba a mi hermana la ausencia de la familia. No fue así. Entonces la vida religiosa – estamos hablando de antes del Vaticano II – tenía en algunos aspectos una estructura más rígida: las postulantes y novicias estaban separadas de las que ya habíamos hecho los votos normalmente, salvo en ocasiones, no teníamos comunicación alguna entre nosotras. Claro que esto se hubiese solucionado con un permiso de las superioras, que habrían permitido, gustosas, que las dos hermanas en determinados días charláramos y disfrutásemos en un ambiente relajado. Pero esto ocurrió pocas veces. Poquísimas. De tejas abajo no había ningún motivo para

impedirlo, pero Antoñita no buscaba las excepciones. Había aceptado de antemano las pequeñas o grandes renuncias que conlleva la vida religiosa con todas sus consecuencias. No quería concesiones.

No es fácil explicaros esta actitud de exigencia personal que en muchas ocasiones aceptó libremente mi hermana, sobre todo, contemplada desde el materialismo y el hedonismo de esta sociedad que os envuelve: tenía muy claro que si la vida de Jesús – a quien siempre trató de seguir – no había sido fácil, ella no podía escoger para sí un sendero de rosas. Claro que los caminos de las personas no son iguales, ni Dios nos pide a todos las mismas cosas. La senda de Antoñita fue, sin duda, dura y empinada. Su fidelidad se lo exigía así.

Aparte de que no concebía las medias tintas, es decir, el vivir su existencia a medio gas. Ella, de corazón ardiente, tenía que darlo todo. En su diario personal nos dejó escritas algunas frases que recogen muy bien este talante suyo ante la vida. Os copio algunas: "Quiero mirar con horror esta divisa mundana de seguir de lejos o amar a medias", y esta otra que repetía muchas veces: "Es preciso llegar a la cumbre. DE hacer… hacerlo entero". Que ciertamente en ella fueron algo más que unas bonitas palabras.

Total que, volviendo a lo que os estaba contando, en los casi seis meses de postulantado charlaríamos a solas unas dos o tres veces. Con ocasión de una fiesta, en la que pudimos hablar largo y tendido, me abrió su corazón de par en par. Intuía yo lo que le podía costar esta nueva vida que acababa de empezar, pero no pensaba que fuese tanto. La escuché hasta el final. Después de oírle cuánto echaba de menos a los aitas y a todos los hermanos y lo que le suponía el cambio de aquella existencia tan apacible en el hogar, en la que no le faltaba de nada, a esta otra tan austera y ciertamente de una pobreza radical, corté por lo sano y le dije:

-Antoñita, se acabó. Esto no es para ti. Hoy mismo escribo al aita para que venga a buscarte.

Ella me miró con esos ojos tan profundos que se te clavaban en el corazón y, rápidamente me contestó:

-¿Qué dices? No entiendes nada. Natali. Eres mi hermana y me permito este desahogo contigo. Pero no pienses porque me cueste vida , voy a dar marcha atrás. Vine por Jesucristo y por Él seguiré adelante. Ya sé que yo sola no podría pero Él está siempre a mi lado. NO te preocupes.

Me prohibió decir nada a la familia y a cualquier otra persona. En este y otros casos, aunque yo era mayo que ella, siempre lograba convencerme con sus razones pues tenía una personalidad muy fuerte. No había nada que hacer, lo sabía ya de antemano.

Nadie, sin embargo, hubiera pensado que el cambio de vida le exigiese tanto esfuerzo personal. Su semblante traslucía una alegría que contagiaba a las demás. A todas sus compañeras las cautivaba su rostro risueño y acogedor.

EL NOVICIADO

Los días de postulantado pasaron veloces para Antoñita. El 30 de mayo de 1916 le impusieron el hábito religioso. Lo que quería decir que estaba admitida en el noviciado.

Es ésta una etapa muy bonita en toda vocación a la vida religiosa. El mismo origen de la palabra nos expresa su significado: es algo nuevo, algo que comienza. Como en el noviazgo – la raíz de las dos palabras es la misma – se estrena un amor. Los dos años de su duración los pasa la joven novicia soñando con el día de su profesión, de la misma manera que una muchacha piensa ilusionada en la fecha de su boda. Y esto con todo el entusiasmo que se siente en los años ardientes de la juventud.

La afectividad de Antoñita estaba polarizada hacia Jesús. De eso hacía ya tiempo. Después de aquellos ejercicios en Loyola, tenía muy claro dónde estaba el centro de su vida, y decidió con toda su voluntad que nada ni nadie en este mundo la separarían de él. Por eso anhelaba el día de la emisión de sus votos.

Merecían, pues, la pena estos dos años de camino hacia el gran día de la profesión religiosa. Y Antoñita no desperdiciará un instante en su preparación para este acontecimiento tan importante en su vida.

Pero no penséis que durante este tiempo de noviciado – particularmente dedicado a la interiorización - su corazón se abrasaba en amores y su persona toda nadaba en consuelos sensibles que la inundaban de gozo y de ternura. Éste no fue su camino. Pudo haberlo sido. Pero el Señor la llevó por otras sendas. En una confidencia que me había hecho, en aquellos días, me dijo unas palabras que no he olvidado.

"Ni siquiera en el día de mi paso al noviciado he sentido fervor sensible. Jesús no ha querido dejarme gustar de las dulzuras de su amor. ¡No importa! Yo le amo".

Y es que casi siempre – nos consta por los escritos que nos ha dejado – ocurrió así. En los años de su corta vida, su amor se alimentó de fe y creció en la oscuridad. Pero, aunque era de noche, sabía que existía la luz. Ella no dudaba de que más allá de las nubes brillaba el sol.

Mas, por encima de todas las dificultades, Antoñita era feliz, con una felicidad contagiosa que irradiaba en derredor. Y tenía motivos para ello: porque en su interior sentía la satisfacción de haber respondido a su vocación; a pesar de que tuvo que remar contra corriente en varias ocasiones, permaneció, por encima de todo, fiel a la llamada de Jesús. También porque, aunque el desgarrón de la separación familiar había sido fuerte, la compensaba, de alguna manera, el afecto y el cariño de su comunidad con la que compartía unos mismos ideales. Y tenía todavía una razón más: había encontrado el mejor camino para entregar su vida por los demás – un deseo ardientemente alimentado por ella a lo largo de su vida joven – Nada de particular tenía, pues, que toda su persona irradiara alegría y que ejerciera una cierta fascinación sobre quienes la trataban.

Ella esperaba con mucha ilusión el tiempo, ya próximo, de sus trabajos apostólicos para poder ir a los colegios y gastar sus energías en las obras de la

Congregación. Pasado este paréntesis de formación y preparación en el noviciado, ansiaba trabajar, especialmente con los jóvenes: ésta era su vocación. Bien claro tuvo siempre que su vida no era para estar entre rejas, en la clausura, sino con la gente y en el mundo.

Ya recordáis que la Madre Cándida, antes de morir, pudo contemplar la expansión de su obra fuera de España – sus hijas llegaron, viviendo aún la Fundadora, a las tierras de América - . En estos años, de los que os estoy hablando, eran ya varias las casas que las Hijas de Jesús tenían en las vastas extensiones del Brasil. La Congregación vivía un gran entusiasmo misionero. Fueron frecuentes los envíos de hermanas al continente americano. Cada vez que la madre general preparaba una nueva expedición, le llegaban ofrecimientos generosos de las religiosas, dispuestas a atravesar el océano. Y se gozaba, en todas las comunidades, con la esperanza de poder llegar, pronto, a las costas de Asia.

Antoñita vibró profundamente con este ideal misionero: soñaba con ir a los sitios de vanguardia de la Congregación. Me consta que pensó en ello muchas veces durante su noviciado y que alimentó la ilusión de llegar un día a tierras lejanas para llevar el evangelio a los que no habían oído hablar de Jesús. Pero, al mismo tiempo, tenía como un presentimiento de que su vida iría por otros derroteros, de que Dios quería otros caminos para ella… Claro que por esta época nunca me habló de estas cosas que me hubieran hecho sufrir.

YO TE DARÉ EL AGUA

Por aquellos años estábamos un grupo de jóvenes de Tolosa en los Mostenses - que las vocaciones vascas en la Congregación fueron ya numerosas en los comienzos - Recuerdo que en una ocasión se pusieron de acuerdo algunos familiares nuestros y nos sorprendieron con su visita. Entre los viajeros estaba la ama.

Con tal motivo, una tarde del mes de mayo, nos encontrábamos unas cuantas novicias y profesas jóvenes en feliz convivencia con nuestras familias en el patio interior del noviciado. Es éste un patio cuadrangular, rodeado de grandes arcadas de piedra, que tiene un pozo en el medio como ocurre con otros muchos claustros salmantinos.

Era una bonita tarde de primavera, ya cercano el verano. El día declinaba muy lentamente y los rayos del sol doraban las grandes piedras del viejo caserón. El momento tenía un no sé qué de magia y de misterio. Juntos habíamos hablado alegremente compartiendo recuerdos – éramos viejos amigos – y también promesas de nuestras vidas jóvenes. Sentíamos el deseo de eternizar ese instante fugaz que se nos escapaba. Se le ocurrió a la ama:

-Voy a llamar a un fotógrafo. Merece la pena que nos llevemos un recuerdo bonito de este encuentro.

Todos aplaudimos la idea. Y, en diversas instantáneas, la máquina recogió los grupos, más o menos informarles, de aquella reunión de vascos en los Mostenses de Salamanca.

La ama, a la que le encantaba coleccionar fotografías de familia, ordenó de nuevo:

-Ahora poneos vosotras solas. Venga. A ver si sale una foto bonita. Con naturalidad.

Las religiosas jóvenes que nos encontrábamos allí, nos colocamos junto al brocal del pozo. Cada una buscó su sitio. Yo así la regadera y comencé a esparcir el agua en los rosales que crecían en el artístico patio de piedra. Entonces Antoñita tiró de la cuerda e hizo crujir la vieja polea que subía el cubo de las profundidades del pozo. Y, mirándome a los ojos, pronunció unas palabras con sabor a profecía:

-"Si, tú regarás las flores, pero yo te daré el agua".

Ninguno de los presentes, si es que las oyeron, dieron mayor importancia a su contenido. Sería algún tiempo más tarde cuando yo entendería todo su significado y captaría su completo sentido. De todas formas, se me quedaron grabadas en el corazón. Y ¡Dios mío! ¡Cómo se cumplieron a lo largo de mi vida!

Después, antes de las despedidas, cada familia se reunió en la intimidad para saborear los últimos momentos del encuentro. Antoñita y yo charlábamos , gozosas, con la ama. Fue entonces cuando mi hermana nos contó una anécdota de aquellos días.

Un jesuita, misionero, veterano que venía de lejanas tierras, les habló por extenso a las novicias sobre las urgencias de la Iglesia en los países a los que no había llegado aún el evangelio. En un coloquio distendido, que siguió a la conferencia, las jóvenes le hicieron mil preguntas, mostrando en ellas sus ansias misioneras. El religioso les contestaba complacido. Y, cuando ya se disponía a marcharse, pasando su mirada sobre el grupo, sus ojos se detuvieron en Antoñita y, sonriéndole , le dijo:

-Tú serás la que llegues más lejos.

Al escuchar estas palabras, la ama pensó, un tanto estremecida, en un posible destino de mi hermana a tierras de América o de Asia. Yo no comenté nada. Recuerdo que se apoderó de mí una cierta inquietud. A veces sus palabras estaban, para mí, llenas de interrogantes.

DESPEDIDA

El otoño es una estación muy bonita en Salamanca: el color amarillo de las hojas caídas de sus chopos rima al unísono con el oro secular de sus edificios de piedra. Me gustaba en este tiempo pasear por las márgenes del Tormes y descubrir, a lo lejos, al labriego que arrojaba la semilla en los surcos abiertos de la tierra. Esta imagen, que era nueva para mí, me llenaba de emoción. Me hablaba de esfuerzos y de fatigas, pero también de esperanzas y de cosechas.

Con el otoño llegó el nuevo curso. Contaba con pasarlo también en Salamanca, pues el tiempo de "los destinos" – llamamos así a las tareas encomendadas por nuestras superioras a las hermanas en los distintos quehaceres de la Congregación – ya había pasado: todas las religiosas estábamos para entonces en nuestro sitio, dispuestas, una vez más, a emprender nuestro trabajo en las obras de la Madre Cándida. Que también en ellas era tiempo de sementera.

Pero nuestro es, como dice el poeta, andar por la vida "ligeras de equipaje", prontas a caminar si alguien nos espera. Precisamente una nota característica de las Hijas de Jesús es la disponibilidad, es decir, estar siempre con las botas puestas para acudir a donde nos llamen. Con esta explicación me vais a entender muy bien lo que a continuación os voy a relatar:

Problemas de última hora, surgidos en el colegio de Segovia, exigieron que me marchara rápido a esta ciudad. El día 9 de octubre – corría el año 1916 – con el curso ya comenzado, me llegó la orden de partir sin dilación. Lo avanzado del mes exigía mi inmediata presencia allí.

No tenía tiempo que perder. Apenas si m e quedaban unos instantes para las despedidas. Subí de prisa al noviciado para decirle adiós a mi hermana. Antoñita se sorprendió al verme a esas horas allí e intuyó que algo pasaba. Lo comprendió enseguida: ni siquiera llevábamos juntas un año en los Mostenses y ya nos teníamos nos teníamos que separar. Y además sin tiempo para hacer más suave la despedida. Nos abrazamos durante unos instantes y me arranqué de ella haciendo esfuerzos para no llorar.

Mientras me tuvo a su lado, sentía de alguna manera la presencia cercana de la familia. MI marcha ahora suponía para ella soltar las amarras que la sujetaban aún a tierra. Por otra parte, sabía yo muy bien lo que le costaba la separación, pues me quería mucho. En seguida se sobrepuso. En su rostro apareció pronto la sonrisa. Sabía muy bien que la vida religiosa requería estos desprendimientos.

Me fui, pues, a Segovia, donde la Madre Cándida había abierto un colegio con mucho esfuerzos y grandes esperanzas. Y, verdad, fueron años inolvidables – casi dieciséis – los que pasé en esa tierra. Estrené en ella mis afanes apostólicos en la Congregación. Quizá por eso he recordado siempre con cariño mi estancia en esta ciudad castellana y mi trato con aquellas gentes sencillas y cercanas.

Pero volvamos a Antoñita, que para hablaros de mi hermana y no de mí, escribo estas páginas. En las cartas que me envió por aquel tiempo, y también en las que escribió a la familia, transparentaba la inmensa alegría que experimentaba su corazón. No me quedaba ninguna duda: Antoñita había encontrado su centro en el noviciado. Fue muy feliz en estos dos años de formación.

LO SUYO ERA SERVIR

Sus compañeras de noviciado me contaron después muchas veces cómo habían visto a mi hermana. Mantuvieron, en el tiempo en que convivieron con ella, los ojos

muy abiertos porque había algo en Antoñita que las cautivaba. Por eso su testimonio no puede faltar en estas páginas.

Unas me hablaban de su alegría y de su espontaneidad, otras de su sencillez y de su atractiva humildad – virtud ésta que llamaba la atención en mi hermana - , Me repetían con insistencia – y eso me lo afirmaban na y otra vez – que hizo de su vida un constante servicio. Al ver cómo actuaba siempre, se deducía que lo suyo era eso, servir.

Me limito a narraros lo que en diversas ocasiones me transmitieron estas compañeras suyas que compartieron su existencia hora a hora. Por supuesto que no voy a contaros todo lo que me dijeron. Llenaríamos varias páginas. Sólo elijo algunos detalles:

No sé cómo se las arreglaba, pero solía hacer ella los oficios que requerían mayor sacrificio, los más costosos. Y eso como la cosa más natural del mundo, sin darle mayor importancia. La misma madre maestra me habló también de ello. "A pesar de que no era mi intención – me decía – que le correspondiesen a Antoñita, a causa de su floja salud, algunos de los trabajos más duros de la casa, siempre encontraba razones para convencerme de que los podía hacer".

Con frecuencia se ofrecía para sacar brillo al piso encerado del oratorio, lo que le suponía un gran esfuerzo. Pasaba también mucha horas en el lavadero restregando la ropa blanca – entonces no había lavadoras – y tendiéndola en la huerta, cubierta a veces dela escarcha o los hielos de la noche.

Una novicia me recordaba, emocionada, cómo en muchas ocasiones se proveía de una jarra e iba repartiendo por los dormitorios a todas las novicias, una a una el agua que, anteriormente, había calentado en la cocina. Ya suponéis que tener, en esos años, en las casas la instalación de agua caliente era un lujo.

Después de acabar su oficio de limpiezas, todavía sacaba tiempo para ayudar a las demás, y si un día alguna de las novicias estaba enferma o, por cualquier razón, no podía desempeñar su trabajo, antes de que nadie cayera en la cuenta, allí estaba ya Antoñita haciendo su oficio.

Todas la recordaban con su delantal y sus manguitos azules, su traje de faena, siempre diligente y con la sonrisa en los labios. Y acababan su relato las novicias con estas o parecidas palabras: "Y todo esto lo hacía con una gracia especial, de tal forma que a nadie molestaba o humillaba."

Pero, en esta preocupación por todas, su caridad llegaba más lejos. Intuía – tenía un don especial para ello - el sufrimiento de los demás : Carmen era una joven salmantina, compañera de Antoñita en el noviciado. Esta hermana – que años después sería la encargada de formar a las jóvenes de la Congregación durante varias generaciones – tenía morriña de haber dejado a los suyos, sobre todo, echaba de menos a su madre. Antoñita, que entendía mucho de eso, se las arregló para que aquella muchacha venciera su nostalgia y sonriera feliz y contenta. Una noche – me lo contó la misma novicia – se acostó con una fuerte gripe. Era la primera vez que en la enfermedad no recibía las atenciones y los cariños de su madre. En el silencio, cuando

todas dormían, Antoñita, que era su vecina en el dormitorio, corrió con cuidado las cortinas que separaban su camarilla de la de la hermana. Carmen y, muy bajito, para no despertar a las que dormían, enjugó con sus palabras y con su dulce sonrisa las lágrimas de la novicia. Esto que os puede parecer insignificante, tiene su importancia para conocer bien a mi hermana:

En aquellos tiempos el silencio de la noche era muy riguroso y normalmente no se quebrantaba si no era por algo urgente, pero Antoñita sabía muy bien que, por encima de todo, está la caridad, que es la más grande de las virtudes. Y es que otro rasgo de su personalidad era sentirse muy libre en su corazón. Sólo la ataba el amor y el servicio. Y esto con un talante cercano y alegre. Claro que muchas veces se reservaba para ella las espinas. Difícil ¿verdad? Pero es que la vida de los santos nunca ha sido fácil.

Mientras tanto, el tiempo pasaba y se aproximaba la fecha de la emisión de sus votos. Desde Segovia soñaba yo con el día de la profesión de mi hermana en el que nos juntaríamos la familia en Salamanca. Contaba feliz, con el corazón lleno de ilusión, los días que faltaban para el encuentro. Pero tenía, al mismo tiempo, una preocupación que no me abandonaba . Era como un presentimiento: intuía que Antoñita no estaba bien de salud. La verdad es que razones serias no existían para ello, pero este pensamiento no se me iba de la cabeza.

EL GRAN DÍA

Mis recelos – también esto era cierto – no carecían de fundamento. En una carta que me escribió Antoñita a Segovia me hablaba de las ganas que tenía de ir a los colegios para poder trabajar en la educación y formación de los jóvenes como ya lo hacía yo. Pero a continuación me expresaba un cierto temor de que no llegara nunca para ella ese día. Indudablemente lo decía por algo Y cavilaba yo por qué, entre bromas y veras, mi hermana me comunicaba estos presentimientos suyos. No obstante, procuraba desechar esos negros temores que venían a mi mente y gozar por anticipado de la alegría del encuentro.

Y así llegó el 31 de mayo – era el año 1918 - , fecha significativa en la historia de la Congregación por ser el aniversario del nacimiento d la Madre Cándida. Para acompañar a mi hermana en su fiesta estábamos en Salamanca casi toda la familia: los más pequeños se quedaron en Tolosa, aunque los aitas les prometieron traerlos otro día a ver a Antoñita.

La iglesia de los Mostenses estaba llena de luces y de flores, también de familiares y amigos. Mi imaginación revivió la escena de la primera comunión de mi hermana en la capilla del colegio de Tolosa: aquel día Antoñita le entregó todo su amor a Jesús. Hoy, al oírla pronunciar "… hago a Dios voto de castidad, pobreza y obediencia…", me emocioné. Su entrega se hacía mucho más consciente y completa. No le quedaba ya nada que ofrecer: lo había dado todo. ¿Qué sintió ella realmente en

lo profundo de su ser? Sólo podemos intuir algo de su experiencia rastreando alguna confidencia suya. En una carta, escrita después de este día, se expresaba así :

"No es posible explicar la satisfacción que proporcionan los votos. Aunque casi me parece un sueño verme esposa de Jesús, lo extraordinario que experimenta mi corazón, me persuade de la realidad".

Quién pudiera, si posible fuera, captar en su plenitud es "extraordinario " con el que ella se refería a su sentir más íntimo.

Después de la ceremonia vinieron las felicitaciones, los abrazos y el sabor de las escenas de familia. Gozamos mucho todos juntos en torno a Antoñita que estaba radiante de felicidad. Yo hubiera querido para el reloj, que ese día no terminara nunca. Pero las horas pasaban muy rápidas y llegó el momento de cortar aquel encuentro íntimo.

Cuando todos se marcharon, me quedé a solas como mi hermana. Como antaño, quería ser su confidente y oír los secretos que a mí sola contaba. Primero desahogó su entusiasmo conmigo y me dijo alborozada: " ¡Por fin soy ya Hija de Jesús!" y, mientras lo decía, le asomaban a sus ojos lágrimas de emoción.

Hablamos un rato de la familia y de otras cosas más. En un momento de la conversación, su rostro adquirió una seriedad especial y en su mirada percibí una sombra de inquietud. Entonces supe lo que, desde hacía algún tiempo, temía conocer :

Antoñita llevaba unos meses en los que no se encontraba bien. Sentía un continuo malestar. A veces hasta la invadían fuertes dolores. Y fue en ese momento cuando me mostró sus piernas hinchadas, que antes no pude ver porque se las ocultaba el hábito. ¡Dios mío ¡ Pero ¿cómo había podido estar tan radiante de alegría todo el día guardando para ella sola su dolor…?

Advirtiendo mi inquietud, que no supe disimular, se sobrepuso y creo que le pesó la confidencia que me había hecho. Hasta se las arregló para quitar importancia a las palabras dichas. Y, como otras veces, su poder de persuasión pudo más que yo. Logró convencerme de que mi preocupación no era para tanto y de que no dijera nada a la familia ni a las religiosas. Y añadió textualmente:

-"Además no servirá de nada que los demás lo sepan, es Jesús el que lo quiere y se hará su voluntad".

Creo que intuí de sobra que me había dicho sólo una parte de la verdad. Comprendí que me ocultaba algo y que "ese algo" era importante para explicar su enfermedad. Ella calló y me pareció que debía respetar su silencio. Tampoco – es verdad – tenía yo fuerzas para saber más en aquel momento.

Mi corazón sufría intensamente. Algo iba entendiendo de las frases que en sus cartas me había dicho con anterioridad. Claro que mi dolor se empequeñecía ante el suyo, pues comprendía lo que ella había sufrido en silencio para no oscurecer ese día nuestra alegría. En su fiesta no había habido sólo rosas. Las espinas punzaron - ¿y cómo? – su corazón.

INCERTIDUMBRE

El tren corría a través de los campos de Castilla. De vez en cuando se divisaba a lo lejos un poblado de casas pardas y, en medio de él, se destacaba su iglesia con la blanca cigüeña en lo alto del campanario. Algunas mieses empezaban ya a dorarse y, en gracioso contraste, las rojas amapolas de los surcos ponían una bella estampa en el paisaje. Todo era vida y alegría en la naturaleza. Pero mi corazón estaba triste. Según me alejaba de Salamanca, camino de Segovia, el recuerdo de mi hermana, que no me abandonaba, aumentaba la angustia de mi incertidumbre.

Antoñita me escribió varias veces por entonces tratando de tranquilizarme. El esparcir lucecitas de alegría y esperanza en el camino de los demás, ya lo habéis visto era connatural en ella. En las cartas que escribía a la familia – ciertamente entrañables – durante sus años en Salamanca, impresionaba esta cercanía suya ante los problemas o contratiempos que hacían sufrir a los aitas o a los hermanos. En nuestra casa – como ocurre en todos los hogares – las alegrías y los gozos se alternaban con las preocupaciones y los sinsabores de la vida, y no faltaron por aquellos años contratiempos y dificultades. En su correspondencia – abundante, sobre todo, en los momentos difíciles de la familia - vertía todo su cariño y ternura hacia los seres queridos que sufrían.

Era, pues, normal que tratase de quitar importancia a su enfermedad y que me dijera en sus cartas que me había asustado demasiado y, también, que no debía preocuparme tanto, pue ella llevaba una vida completamente normal, sin descuidar para nada sus obligaciones.

Ciertamente ella se esforzaba porque así fuera. Acabado su noviciado, sus superioras quisieron que perfeccionase sus estudios de música y de francés. Ya en sus años de Tolosa había cultivado sus dotes para la música. Esa afición por esta arte la habíamos heredado mi hermana y yo de la ama. Me vienen ahora a la memoria aquellas veladas hogareñas en las que el aita nos hacía a las dos mayores interpretar algunas piezas al piano. Sobre todo, el día de nochebuena le gustaba a mi padre que acompañásemos Antoñita y yo – a veces también tocaba mi madre – los cantos familiares de los villancicos. Qué gozosos me parecían, en la distancia, aquellos dulces recuerdos del hogar.

Pero volvamos al tiempo del que os estoy hablando: mi hermana en los Mostenses se dedicaba con empeño a sus estudios se piano y comenzaba a iniciarse en las primeras lecciones de violín. El estudio del francés le gustaba menos. Se le hacía un poco cuesta arriba. Pero no importaba. Era algo que le habían encomendado y a ello se entregaba con todo su corazón. Nadie notaría nunca el esfuerzo que tenía que hacer diariamente en el aprendizaje de esta lengua. Su profesora, una polaca que residía en Salamanca estaba encantada con ella como alumna y como persona.

Por aquella época se abrieron en los Mostenses, según había deseado la Madre Fundadora, unas clases gratuitas para los muchachos de los barrios circundantes. Ya entendéis que eran otros tiempos: había muchos niños sin escolarizar, la enseñanza

estatal no cubría todas las necesidades en materia de educación y la privada no tenía ayuda de ninguna clase. Desde los comienzos, a pesar de las penurias económicas por que pasó la Congregación, en los Colegios de la Madre Cándida hubo siempre una inquietud por atender, en la medida de lo posible, estas necesidades.

Antoñita, dentro de su apretado horario, dedicaba una hora diaria a estos alumnos. Le encomendaron a los más pequeños. Era una gozada contemplarla rodeada de aquellos parvulitos, a los que enseñaba a rezar y a cantar con el mismo cariño con que se había dedicado, años antes, a los chiquillos de los barrios de Tolosa. Su pedagogía era la misma, la del amor. Rompía, de esta manera, la monotonía del estudio y satisfacía, de algún modo, sus fuertes deseos de trabajar con plena dedicación entre los niños y jóvenes.

Para la Congregación era mi hermana una promesa. Una vida llena de juventud y de entusiasmo, de la que mucho se esperaba en un futuro próximo. Así la veían todos. Y así me esforzaba yo también por creer que había de ser.

Pero esa enfermedad, vislumbrada por mí en el día de sus votos, seguía minando sus fuerzas. Después lo supe todo. Entonces Antoñita calló. ¿Por qué? Quizá en las páginas siguientes lo entendáis con claridad. Ahora era un secreto que guardaba en su corazón.

Meses más tarde, ella me confesó cuánto había sufrido durante este tiempo: las horas interminables pasadas al piano con fuertes dolores de espalda, el malestar creciente y su persistente insomnio que la obligaba a levantarse fatigada por las mañanas.

Quisieron las superioras, ante su debilidad física, liberarla de parte de sus obligaciones. Antoñita se negó rotundamente a ello. Quería seguir la vida ordinaria mientras pudiera.

Una testigo importante de la vida de mi hermana, durante estos años de Salamanca, fue Magdalena. Esta joven navarra – que llevó después en sus manos, durante quince años, el timón de la Congregación, en la que perdura con gozo su recuerdo – me ha hablado muchas veces de Antoñita: las dos trabajaron duro limpiando la iglesia del noviciado, a la que se estaban dando los últimos retoques para su habitación por aquellos meses de otoño de 1918. Intentó Magdalena, sin conseguirlo, convencerla de que interrumpiera su trabajo, pues se requería mucho esfuerzo para limpiar aquel piso del que había que raspar la pintura, el cemento y demás restos de las obras, y Antoñita mostraba, aunque lo disimulaba, un cierto cansancio. No lo logró. Siempre le contestaba que podía hacerlo y hasta casi la convencía.

Era habitual en Antoñita – ya lo habéis visto en otras ocasiones – lanzarse a los trabajos más duros para ahorrar ese esfuerzo a las demás. Por eso sus hermanas de comunidad, que eran testigos de tanta entrega y servicio, se preguntaban asombradas, ante su testimonio: “¿Qué querrá Dios de esta joven que nos interroga a todas constantemente con su vida?”. Claro que esa pregunta ya me la había hecho yo antes.

EN LA ENFERMERÍA

Todas en la comunidad sabían que Antoñita no tenía una salud de hierro, pero su fidelidad constante a las obligaciones de cada día despistó cualquier temor delas hermanas. El mismo médico que la trataba tampoco daba importancia a sus males. Así pasaron los últimos meses del año 1918 y las primeras semanas del siguiente. Sólo ella intuía la gravedad de la enfermedad y guardó silencio. A veces, pocas, se escapaban de sus labios palabras desconcertantes, difíciles de entender, como aquel día en que mantuvo con una religiosa, joven como ella, el siguiente diálogo:

-Cuídate, Antoñita, que no estás bien.

-No te preocupes. Da lo mismo. Ya no tiene remedio.

Estas palabras dichas con la fuerza de su sonrisa desconcertaban a quienes las oían. Hasta se podía pensar que era una broma.

Ya empezado el mes de febrero, una noche mi hermana se sintió muy mal. El persistente malestar se le manifestaba esta vez a través de un fuerte cólico que alarmó a todas. El médico de cabecera acudió en seguida. Después de reconocer a la enferma, puso cara de preocupación: su estado no le gustaba.

Para que Antoñita pudiese estar mejor atendida y con mayor tranquilidad y sosiego, la sacaron del dormitorio común y la trasladaron a una dependencia soleada en la galería del piso superior. Esta habitación estaba pared por medio del oratorio de la comunidad. Este detalle la emocionó. Estar tan cerca de Jesús inundó su corazón de gozo y de paz.

Además del médico de cabecera, la vio algún doctor más. Coincidieron en el diagnóstico: infección intestinal de pronóstico grave, aunque se mostraron optimistas en cuanto a su recuperación. Afirmaron también que la enferma padecía y seguiría experimentando fuertes dolores.

Estos sufrimientos físicos hacía tiempo que los tenía Antoñita. Al empeorar ahora su estado y ser mayor su debilidad, los antiguos dolores se le hacían más fuertes, casi insoportables. Al mismo tiempo un fuego intenso le devoraba las entrañas: tenía la sensación de tener todas las vísceras de su cuerpo abrasadas. La intensa sed que experimentaba fue un suplicio en su enfermedad.

Los aitas fueron puntualmente informados de su mal. La superiora de la casa les tenía al tanto de su situación. Hasta llegó, en ocasiones, a escribirles todos los días para que estuvieran enterados con todo detalle, de tal forma que aquellas cartas, leídas hoy, parecen un parte facultativo diario de la evolución de la enfermedad. La ama quiso ponerse en camino rápidamente. A pesar de las pequeñas, Carmentxu y Mariló, tenían pocos años, lo arregló todo para desplazarse a Salamanca y ser la enfermera de su hija. Pero había dificultades que lo impedían. Ya os he dicho que las cosas eran distintas antes del Concilio: la vida religiosa, incluso en congregaciones dedicadas a trabajos apostólicos como la nuestra, estaba, en algunos aspectos, sometida a unas normas estrictas que hoy, en los últimos años del siglo XX, nos

resultan un poco chocantes, pero que en aquella época hasta podían parecer normales. La clausura, por ejemplo, era muy rigurosa: nadie, a no ser que se requirieran sus servicios, podía entrar en las habitaciones de las religiosas.

¡Pobre amatxo! Cómo sufrió. Aunque asumió, eso sí, como ella nos había enseñado tantas veces, la dura realidad desde la fe. Ofreció mil veces a Dios su vida por la de su hija. En sus oraciones le pedía, desde su corazón de madre, que le enviase a ella los dolores que mi hermana sufría. Cuando Antoñita se enteró de todo esto, le mandó a decir inmediatamente:

"¡Eso nunca, ama! No se te ocurra pedirlo: tú eres muy necesaria en esta vida. Además Jesús espera a la hija, no a la madre".

Estas y otras frases parecidas, dichas por mi hermana, inquietaban a la comunidad. Luego me enteré de que, aunque los médicos se mostraban entonces muy confiados en su curación, algo les hacía intuir a las religiosas que Antoñita no sanaría. Y cómo sufrieron también. Partía el alma verla postrada en la cama a sus veinte años – hasta el 6 de marzo no cumpliría los veintiuno – con toda una vida casi sin estrenar. Se veían además impotentes para aliviar su sufrimiento: cuando la cara se le desencajaba, a causa de los fuertes dolores que padecía, se miraban unas a otras llenas de amargura. Y como Antoñita estaba en todo, cuando remitía un poco el dolor, dueña de sí misma, le decía con dulzura:

-Ya pasó. No os preocupéis… no es nada… no es nada.

EL TÍO ANTXON

Hasta Bilbao llegaron las nuevas de la enfermedad de Antoñita. El tío Antxon se alarmó. No había vuelto a verla desde aquellas vacaciones - hacía de eso ya más de tres años – en las que había sido su invitada en Bilbao. En cierto modo, se había enfriado su antigua relación con ella. Antoñita intentó reanudar esta vieja amistad con su padrino, pero él no contestó a alguna carta suya desde los Mostenses. Sin embargo, ante su enfermedad, se reavivó el antiguo afecto y preocupado cogió el tren para Salamanca.

Allí se presentó una tarde fría de marzo. No iba solo. Lo acompañaban personalidades importantes de la política y de las letras. Creo que merece la pena qu os revele sus nombres por la influencia que tuvieron estos ilustres personajes en la vida española de las primeras décadas del siglo veinte. Estaba unidos a mi tío, aparte de por una sincera amistad, por la sintonía de sus ideas políticas: los cinco que formaban el grupo militaban en los partidos afines a la causa republicana. Y de hecho casi todos ellos desempeñaron cargos de responsabilidad en el gobierno de España.

Indalecio Prieto era el jefe del partido socialista en el País Vasco, que sería después ministro en casi todos los gobiernos republicanos. A través de él mi tío había conocido al doctor don Filiberto Villalobos – también allí presente - , algunos años más tarde diputado y ministro de Instrucción Pública – lo que hoy llamaríamos de

Educación – en distintas legislaturas de la República. Este doctor va a tener una gran importancia en los últimos días de la vida de Antoñita.

De la misma manera estaba presente esa mañana en los Mostenses, Marcelino Domingo, político del Partido de Izquierda Republicana y que también ocupó algún ministerio en estos gobiernos de izquierdas.

Y en el grupo de los insignes visitantes estaba, por último, una persona de la que todos, estoy segura, habéis oído hablar: don Miguel de Unamuno, el lustre rector de ,la Universidad de Salamanca y el escritor más famoso de la Generación del 98, como estudiáis en vuestros manuales de Literatura. Claro que su presencia en los Mostenses se debía a otras razones: era amigo de mi familia, especialmente de mi tío.

¿Y qué hacían –os preguntaréis – aquellos cuatro señores con mi tío en el noviciado de las jesuitinas?

Ya os he dicho que eran muy amigos. Se habían dado cita todos aquella tarde en Salamanca. Pero aparte de ello, don Filiberto Villalobos era un prestigioso médico en esta ciudad y mi tío quería que siguiera él de cerca la evolución de la enfermedad de Antoñita. Precisamente, para el día siguiente, estaba concertada una reunión de los médicos que trataban a mi hermana, en los Mostenses, a la que asistiría también Villalobos.

Además todos estos personajes estaban, por lo que les había contado mi tío, atraídos por la personalidad de esta joven, tan valiente en la enfermedad y a la que, a sus veintiún años, no parecía infundirle ningún miedo a la muerte. Y allí acudieron a interesarse por la sobrina de Antxon, como ellos la conocían entonces. Pero aún existía una razón más de su presencia allí.

Mi tío pretendía naturalmente ver a Antoñita. La familia ya le había advertido que eso sería imposible a causa de la clausura. Pensó, tal vez, que presentándose allí con personas tan importantes, se le abrirían las puertas. Si así lo creyó, se llevó un buen chasco; en la vida religiosa las reglas no hacen distinciones entre poderosos y humildes, y por ahí no había nada que hacer. Al ver que tampoco por este medio conseguía verla, acudió a otra estratagema: le dijo a la comunidad que él era médico, que había estudiado y terminado la carrera de medicina.

Mi hermana ardía en deseos de abrazar a su padrino por el que sentía, ya lo sabéis un afecto muy profundo, pero, desde la rectitud de su conciencia, no podía ser cómplice de la mentira. Por eso, en seguida, respondió:

-Mi tío nunca ha estudiado medicina. No, no puede verme. ES mucho lo que me cuesta, pero…

La comunidad sufría al no poder complacer el deseo de aquel caballero, al que , en su emoción y cariño, le asomaban las lágrimas a los ojos y expresaba con sus palabras la angustia que sentía en su corazón. La verdad es que las religiosas miraban con simpatía al tío Antxon y estaban dispuestas a complacerle desde sus posibilidades. Las unía a él el profundo afecto que sentía por su ahijada. Como la habitación no estaba propiamente en clausura, le propusieron a mi hermana abrir la puerta de su

dormitorio para que, al menos desde el claustro, pudiese él verla y hablarle. Pero ya recordaréis la máxima de Antoñita: "De hacer… hacerlo entero". Por eso, sobreponiéndose a la emoción, le dijo a la superiora:

- Solo Dios sabe lo que me cuesta negarme a ello, pero la renuncia ha de ser completa.

Y dirigiéndose a don Filiberto que, como médico, estaba en la habitación, le pidió que le transmitiera al tío Antxon el profundo cariño que sentía por él, pero que le dijera también que la decisión, que tanto le contrariaba, la había tomado ella, no la comunidad.

Ante la voluntad de su ahijada, no insistió más. Pero d sus labios salieron estas enérgicas palabras:

-Me rindo ante la voluntad de mi sobrina; de lo contrario, no habría paredes ni monjas que me impidieran verla.

Permaneció algún día más en Salamanca. Su amigo Villalobos le tenía puntualmente informado del estado de Antoñita. Por otra parte, le complació mucho el cariño y el cuidado- lo captó en seguida – que rodeaban a su ahijada. Quizá por eso miraba él también con simpatía a las religiosas. En una carta de estos días a los aitas, en la que les contaba todos los detalles de su estancia en Salamanca, les dice textualmente:

"Tuve una larga conversación con las monjas y amigablemente les dije no aprobaba su exagerado rigor". Y más adelante continuaba: " Les anticipé mi opinión de que estas cosas tenían que reformarse".

No estaba desacertada, como veis, su intuición. Por lo demás, se marchó muy complacido al no encontrar ninguna resistencia a su deseo de que, junto al médico de cabecera, el doctor Villalobos atendiese también a Antoñita.

Pero creo que tampoco él captó toda la gravedad de mi hermana. Por entonces los médicos no calibraban todos los riesgos de la enfermedad. Y se marchó pensando que Antoñita mejoraría.

EL SECRETO

Desde el día de sus votos- en aquel 31 de mayo del año anterior – vivía yo en una noche sin estrellas. Me temía lo peor: En las cartas que me escribía Antoñita – bastante distanciada en estos últimos meses – trataba de convencerme de que todo iba bien. Evitaba cualquier referencia a su salud. En Febrero, llegaron a Segovia las noticias de su enfermedad. Recuerdo que, cuando la madre superiora me informó sobre ello, exclamé sin poderme contener:

-Se nos va, madre, se nos va. Estoy segura de que en la enfermedad de mi hermana hay algo misterioso.

No me fue posible en camino hasta las vacaciones de semana santa, que en aquel año cayeron muy avanzado ya el mes de abril. El día 15, martes, salí de Segovia

con la mala suerte de que el tren que me llevó a Medina no combinó con el de Salamanca, por lo que tuve que hacer allí noche y esperar al día siguiente.

A Antoñita se le había anunciado mi llegada y me esperaba con gozosa expectación. El encuentro para mí fue desgarrador: la encontré muy desmejorada. Al abrazarla, creí que se me rompía entre mis brazos. No pude contener mi emoción ni mi dolor: abundantes lágrimas regaron mis mejillas.

La enfermera, que en aquel momento estaba a su lado, salió para que pudiéramos hablar a solas. Nos quedamos las dos, frente a frente, mirándonos a los ojos. Los sentimientos eran tan fuertes que no nos permitían pronunciar una palabra. Fue Antoñita la que rompió el silencio:

-Natali, debo confiarte un secreto. Serás tú la primera en saberlo.

Sentí un estremecimiento que me recorrió todo el cuerpo, pero me callé para que continuara.

-Me muero, Natali. He ofrecido a Dios mi vida por la conversión del tío Antxon. Y sé que El me ha aceptado.

Y, poco a poco, descansando de vez en cuando para que la fatiga no le impidiese hablar, me fue contando todo lo demás: el día de Reyes del año anterior –era todavía novicia – sintió, después de comulgar, un fuerte impulso de hacer a Dios la ofrenda de su vida. Desde el primer momento tuvo la seguridad de que su entrega, que puso en manos de la Virgen, era grata al Señor. Acabó su confidencia con estas palabras que se me clavaron en la carne:

-" A partir de ese momento me sentí enferma. Y ya no me ha dejado un momentos el dolor".

Su confesión me proporcionaba sufrimiento y a la vez luz. Ahora mis antiguas oscuridades se hicieron mediodía y hallaban respuestas los interrogantes que me atormentaban: Hacía mucho tiempo que ella sabía que se iba a morir. Dios le había expresado, de mil maneras que aceptaba la ofrenda heroica de su vida.

La serenidad de mi hermana contrastaba con la turbación que yo sentía en mi corazón. En estos primeros días de mi estancia en Salamanca me rebelaba ante el pensamiento de su muerte. ¡Pobre tío Antxon! Casi llegué a aborrecerlo a pesar del cariño tan grande que le tenía. Bien lejos estaba él entonces de imaginar la parte tan importante que ocupaba en esta historia. No podía sospechar que su ahijada lo quisiera tanto.

No, no estéis pensando que el tío Antxon era un balarrasa o un calavera: era un hombre honrado en sus negocios e incluso generoso con los pobres y amigo de hacer el bien. Lo que ocurría era que, en parte ya os lo he dicho, la fe de su bautismo se iba apagando, poco a poco, en su corazón. A Antoñita, muy amiga de Jesucristo, le dolía que su padrino, a quien tanto quería, se hubiera enfriado en el fervor de sus primeros años y en su comunión con la Iglesia.

Fijaos, se había invertido los papeles: en la administración del sacramento del bautismo son los padrinos los que prometen ante la iglesia velar por la madurez, en la

fe, del pequeño. En este caso, sin embargo, la ahijada entrega a Dios lo mejor que tiene su propia vida, por la conversión – la vuelta a Jesús – de su padrino.

Admiraba yo el heroísmo de mi hermana, pero no encontraba en mi interior la paz. Seguía rebelándome ante la idea de su muerte. El 17 de abril - d–a de jueves santo – Antoñita, que intuía mis sentimientos, me dijo:

-Natali, vete a la capilla. Jesús te explicará lo que tú no quieres entender.

Fui por complacerla a ella, y ante el Santísimo expuesto en el monumento me postré de rodillas. Estuve un rato largo de oración. No sé deciros lo que sintió y experimentó mi corazón: Dios me inundó con su gracia y percibí su paso junto a mí. En fe, sí, pero con una certeza absoluta, supe que mi hermana se iba a morir. Y, aunque el dolor golpeaba con fuerza toda mi sensibilidad, una paz muy grande, que ya nunca he perdido, invadió mi ser entero.

Cuando entré de nuevo en su habitación, le bastó a ella mirarme a los ojos para entender. Sobraban las palabras. Nos fundimos en un fuerte abrazo y estuvimos unos instantes llorando las dos. Me horrorizaba la vida sin mi hermana. Le dije que deseaba, si Dios lo quería, también morir. Antoñita me miró con serenidad y ternura y clavando sus ojos en los míos me dijo:

-No Natali. Tú tienes mucho que hacer en la tierra. Tu vida será larga. Llegarás hasta América en tu celo por el evangelio, pero en tus afanes apostólicos nunca estarás sola: me sentirás constantemente a tu lado. ¿Te acuerdas? "Tú regarás las flores, pero yo te daré el agua…".

HASTA LUEGO…

Coincidiendo con aquellos días de mi estancia en los Mostenses, llegó también mi padre a Salamanca. Venía el aita transido de dolor pues las impresiones últimas que tenían los médicos no eran buenas. Lo que no logró mi tío, lo consiguió mi padre sin siquiera pedirlo. La superiora mandó que corriesen la cama de la enferma hacia la puerta para que, desde el claustro pudiese él verla y hablarle. Fui testigo presencial de la escena, que no se me borró de la memoria en todos los días de mi vida: el aita quedó atónito al contemplar aquel rostro demacrado y al escuchar aquella voz tan débil y apagada. Fueron sólo unos minutos. Mi padre compendió que a Antoñita le fatigaba la gran emoción que sentía y quiso evitarle el esfuerzo. Al aita sólo le salían estas palabras:

-Mi pospito, maitia…

Ella con una sonrisa llena de ternura, le preguntó por la amatxo y por los hermanos. Y después mirándolo profundamente, le dijo:

-No quiero que sufráis cuando yo me siento tan feliz. Háblale a la ama de la alegría que me invade en estos momentos. No estéis tristes, aita… Os quiero mucho. Os llevo en el corazón. Hasta el cielo… Hasta luego…

Aguantó mi padre las lágrimas y, cuando la puerta se cerró, se derrumbó en mis brazos y lloró a mares. Después, más sereno, escribió una carta para la ama. No os la

voy a transcribir entera, pero vale la pena que os seleccione, al menos, algunas frases que reflejan la vivencia de su corazón después de haber hablado con las religiosas y con los médicos; y, sobre todo, después de haber contemplado, con tanto cariño, a su hija.

"…Tenemos querida Teresa, una hija santa. ¡Qué rato he pasado ¡ Si la vieras, te representarías a santa Teresa, pues se parece en su fisonomía, y hasta la colcha de su cama recuerda el cuarto de la Santa en Alba de Tormes.

Villalobos está aturdido y asombrado no comprendiendo cómo ha podido sufrir los horribles dolores sin exhalar la menor queja. Todos dicen que es un alma grande, algo excepcional.

Me ha preguntado por ti y sus hermanos. ¡Qué tranquilidad y qué cara tan risueña! Ahora vengo de despedirme de ella con el corazón traspasado de dolor. ¿La volveré a ver? Dios lo quiera…

A Antoñita la cuidan como no te puedes hacer idea. Humanamente no es posible hacer más por su curación (…).

Abrazos mil a nuestros queridos hijos, y tú recibe el más fuerte de tu Ramontxo.".

Después de su marcha, aún permanecí yo algún día más junto a mi hermana. Pasaba todo el tiempo a su lado y, a través de sus palabras, pude saber lo que sentía su corazón:

Una gran alegría invadía todo su ser. Ella, que había sufrido a lo largo de su vida noches oscuras, en las que todo era aridez y sequedad, sólo experimentaba ahora, cercana ya la muerte, gozo y paz. En una de las últimas conversaciones que mantuvimos me dijo:

-Muero muy contenta. Estoy rebosando de consuelo. No puedo gozar más. La Virgen está a mi lado, la siento… Jesús me ama y yo lo amo.

Entonces yo, que me sentía ahogar por el dolor, no pude por menos de decirle:

-Antoñita, ¿no te importa dejarnos? ¿No te entristece no volver a ver a los aitatxos?

-Por vosotros, sí, mucho; por mí, nada. Estoy totalmente entregada a la voluntad de Dios. Diles esto a los aitas cuando me muera. Repíteles también que mi amor hacia ellos será eterno.

Y cuenta a todos el secreto de mi dicha: muero muy feliz. Que nadie sufra por mí.

El día 22 de abril, hacia las dos de la tarde, tuve que despedirme de ella. La enfermedad parecía estacionada y mi obligación me llevaba a Segovia de nuevo. Éramos conscientes de que no volveríamos a vernos. Aunque el doctor Villalobos tenía todavía alguna esperanza en su curación. Antoñita sabía que se moría, y yo lo había intuido también.

Fue un adiós con sabor a eternidad. Nos unimos en un abrazo estrechísimo, en el que concentramos todo nuestro cariño y el amor de los aitatxos y de los hermanos.

Juntamos nuestras manos alrededor de una pequeña imagen de la Virgen, que Antoñita tenía siempre junto a sí. Y nos dijimos:

-Hasta el cielo.

Y así, llorando, juntamos nuestras lágrimas en el adiós postrero. Al salir del aposento, en el umbral de la puerta, me paré a contemplarla. Y escuché, por última vez, el eco melodioso de su voz:

-Natali, hasta luego. Hasta el cielo.

SU MENSAJE

Esta historia va llegando a su fin y lo siento. Me encontraba muy a gusto con vosotros hablándoos de Antoñita. Para resumiros sus últimos días – yo no volví a ver a mi hermana – podría servirme de muchos testimonios, me ha parecido significativo el hacerlo principalmente a través de las palabras de este salmantino de pro que fue don Filiberto Villalobos.

Algo ya os he dicho de él en cuanto a los cargos políticos que desempeñó y también respecto a su merecida fana como médico. Pero es de justicia que os presente su faceta humanitaria: amigo de los pobres y menesterosos en un tiempo en que no existía la seguridad social, abrió su consulta de par en par, a todos los indigentes de Salamanca, hacia los que mostró en muchas ocasiones sus preferencias.

No tiene, pues, nada de particular que una persona de tan gran sensibilidad captase en seguida la calidad humana y espiritual de Antoñita y quedase prendado de ella. Si, en un primer momento, la atendió por deseo del tío Antxon, pronto se entabló entre ambos una corriente de simpatía y amistad que no rompió ni la propia muerte.

La visitó todos los días de su enfermedad y era tanta la impresión que guardó de estos encuentros con ella que sintió la necesidad de comunicar sus sentimientos a otras personas: a su familia que, a partir de estos momentos, se hizo amiga de la mía; y a sus íntimos, ente los que ocupaba un lugar especial don Miguel de Unamuno, el conocido escritor bilbaíno.

Cuántas veces lo acompañó éste hasta la puerta de los Mostenses. Y, terminada la visita, "… don Miguel - son palabras del propio doctor - , muy amigo de la familia Bandrés, me esperaba en el paseo próximo al Noviciado. Pocos hombres más sensibles que él para apreciar la grandeza y ternura de Antoñita. Mi relato penetró tan dentro de su alma, siempre torturada por la inquietud y la preocupación d la otra vida, que en las andanzas por las calles y paseos de esta ciudad de Salamanca fue tema frecuente de nuestras conversaciones el gozoso y dulce morir de esta joven".

"Con frecuencia en estos paseos – nos dice también Villalobos – Unamuno solía exclamar: ¿Qué será de nosotros después de la muerte? ¿Qué será la eternidad?. Qué felicidad morir como la hermana Antonia Bandrés".

Pero el recuerdo mayor que guardó Villalobos de Antoñita fue la última conversación mantenida con ella unas horas antes de su muerte.

Era la tarde dl 26 de abril. Como otros días, al final de la jornada, fue a visitarla. Antoñita pidió a las que estaban en la habitación que la dejaran a solas con él:

-Quiero darle las gracias por lo bueno que ha suido conmigo, le dijo. Ha hecho todo lo que estaba en su mano por curarme, pero ni usted ni nadie podían detener la enfermedad. Yo ya sabía que me iba a morir.

El doctor, familiarizado con la muerte, no sabía qué contestar. Por fin atinó a decir:

-No hable usted de morir…Evite esos sufrimientos.

- ¿Quién habla aquí de sufrimientos? Quien sufre es usted. Yo estoy muy contenta. ¿No me ve…? Sé que voy a morir esta noche. La Virgen me lo ha dicho.

Y haciendo una pausa, continuó:

-Desde el cielo velaré por usted… por su mujer y por sus hijos. Y, con la voz muy débil, añadió:

-Cuando vea a mi tío Antxon dígale cuánto le quiero y lo que me costó no poder darle un abrazo de despedida.

Nos ha dejado el doctor Villalobos, por escrito, su experiencia íntima de este momento:

-"…Yo estaba impresionadísimo. Sentimientos de ternura, de admiración y de asombro me impedían dialogar serenamente con aquella religiosa de veintiún año, que me anunciaba, alegre y gozosa, su muerte inmediata. Deseaba terminar la escena emocionante y no acertaba a separarme de aquella criatura sobrenatural. Con un "hasta mañana" me despedí angustiado de la hermana Antonia, quien me costestó risueña. "hasta el cielo".

Algo más le dijo Antoñita que él ni a los suyos ni a mí, que lo traté mucho después, quiso revelar. Siempre daba largas cuando se hablaba de ello y nos decía : "Ya se verá". Pero todos sabíamos que él guardaba un secreto, porque en el momento de su muerte ella les dijo a las que estaban a su lado:

-Recordadle al doctor Villalobos que mi promesa se cumplirá.

¿De qué se trataba? Tanto su familia como yo hemos creído que las palabras de mi hermana se referían a los últimos momentos de la vida del doctor. Fuera o no así, lo cierto es que su muerte – acaecida el 11 de marzo de 1955, en Salamanca – aceptada con toda serenidad desde su profunda fe cristiana, dejó a los suyos una impresión inolvidable de gozo y de paz.

A través de Villalobos y del tío Antxon la vida y la muerte de Antoñita llegaron a muchos intelectuales y políticos de este momento histórico. Mucho se comentó, en algunos círculos del País Vasco, el acontecimiento que tuvo lugar con ocasión de la comida organizada por mi tío – algún tiempo después - , en agradecimiento a Villalobos por sus desvelos con su sobrina. Entre los comensales se encontraba personajes de las letras y de la política – algunos de ellos ya nombrados en las páginas de este libro - . Villalobos, una vez más , sin ningún respeto humano volvió a exaltar con emoción la memoria de Antoñita con todos los pormenores de su enfermedad, insistiendo en la

impresión tan profunda que le produjo su muerte. Calaron hondo en el auditorio las palabras del doctor, y causó profunda impresión en la sociedad de Bilbao el que aquellos hombres, algunos de cierta actitud anticlerical, celebraran de este modo el recuerdo de una religiosa y se sintieran tan conmovidos ante el testimonio de su muerte.

La serenidad espiritual de Antoñita y la hondura de su fe eran aldabonazos que sacudían las conciencias.

NUNCA OS OLVIDARÉ

En el capítulo anterior me he referido ya, de alguna manera, a la muerte de mi hermana. Pero siento la necesidad de relataros los postreros momentos de su vida para que esta historia quede completa. En los últimos días una afección pulmonar complicó irreversiblemente la situación. Los médicos, que tanto habían luchado contra la enfermedad se rindieron ante la evidencia: no había solución.

Antoñita, consciente de que su fin estaba próximo, pidió que le administraran la unción de los enfermos y la recibió con tal serenidad que dejó admirados a todos. Según pasaban los días su alegría aumentaba. Era una gozada estar en su habitación y ver esa placidez con que esperaba la muerte y escuchar las palabras de optimismo, impregnadas de esperanza cristiana, con que consolaba a los que estaban tristes ante su inminente partida. La alegría que mostraba su rostro, su mirada gozosa, el fuego que ardía en su corazón… todo esto hacía pensar que anhelaba, expectante, la llegada de alguien.

Tan impresionadas estaban las religiosas que la acompañaban que, conscientes de que eran testigos de algo excepcional, recogieron poco tiempo después por escrito sus palabras y su testimonio, seguras de que hacían un servicio con ello a la posteridad.

El día de Pascua pidió Antoñita que le abrieran de par en par, el balcón de la habitación: quería escuchar el alegre concierto que formaban las campanas de la ciudad que, cual heraldos, anunciaban a todos los hombres la alegría de la resurrección del Señor. Y a la vez que llegaban los sones festivos de todas las iglesias de Salamanca, desde la huerta subía hasta su lecho la suave fragancia de los botes primaverales de los árboles: ¡Dios mío, si todo en derredor era una explosión de vida! Es verdad que, como contraste, el organismo de Antoñita se deterioraba más y más, pero su sonrisa y la paz que brotaba de todos los poros de su cuerpo gritaban a los que la contemplaban que ella tenía las primicias de otra vida de la que pronto gozaría en plenitud.

El 26, último día de su estancia en la tierra, anunció a la comunidad que esa noche moriría: la Virgen le había revelado que vendría a buscarla. Todas las hermanas quisieron acompañarla hasta el final, pero ella – acordaos de la fuerza de persuasión que había demostrado en otras ocasiones – hizo que se acostaran.

-Estáis muy cansadas – les dijo - , ya os avisará la enfermera antes de que me vaya. No os preocupéis, que no m e iré sin despediros.

Efectivamente, un poco después de las doce de la noche, se comunicó a la comunidad que Antoñita agonizaba. Según entraban las hermanas en su habitación, ella le daba a cada una un abrazo de despedida:

-Adiós, ya sí que me voy. No estéis tristes.

Sabía que le quedaban sólo algunos retazos de vida y quería regalárselos a las que habían compartido con ella, en fe y en amor, su existencia. Por eso, aunque le decían que no se fatigase – sabía que ya daba igual - , se dirigió a las hermanas en varias ocasiones, con toda naturalidad. Contemplando sus manos de moribunda ya amoratadas, le dijo a la superiora, que estaba a su lado:

-Estos dedos que creíamos que iban a dar tanta gloria a Dios tocando el piano y el violín, apenas si se mueven ya.

- No importa, hija, en el cielo tocarás otras melodías, y desde allí nos ayudarás a todas en nuestros quehaceres apostólicos.

- No, no os olvidaré nunca. Os lo prometo. Estaré siempre a vuestro lado.

Las religiosas , para ayudarla en esos momentos, le repetían plegarias que ella había dicho muchas veces durante su vida y, con la emoción del momento, una de las presentes confundió las palabras. Entonces Antoñita, que era plenamente consciente de todo, la miró con su dulce sonrisa y corrigió el error.

Después de unos instantes de silencio, justo para sacar nuevas fuerzas, fue dejando un mensaje con cariñosas muestras de afecto a todos los ausentes: para el aita, la ama, Natali, Rafaelita… - fue nombrando a todos sus hermanos – para el tío Antxon… Otra vez sus ojos se posaron en la superiora:

-Madre, mi temprana muerte no me ha permitido hacer los votos perpetuos.

-Hazlos ahora, Antoñita.

Todavía tuvo fuerzas para leer las palabras de la fórmula:

"…Por toda la vida, voto de pobreza, castidad y obediencia…", que la ligaban más fuerte aún a la Congregación. Las religiosas la contemplaban, emocionadas, prendidas de su serenidad. La agonía nubló ya su vista, pero no la privó hasta el final del habla y del oído. Con un esfuerzo, pudo aún decir:

-"¿ Esto es morir? ¡Qué dulce es la partida para la patria…! No tengáis ningún miedo a la muerte".

La enfermera, que estaba a su lado, quiso humedecer sus labios resecos. Pero Antoñíta lo impidió:

-No, Jesús murió sediento en la cruz. Dejadme ofrecerle, como último gesto de amor, el final de mis padecimientos.

Y, como en un susurro, dirigió una plegaria, que le era muy familiar, a la Virgen:

Virgen hermosa, Madre querida.

Tuya es mi vida, vela por mí.

Y cuando logre dejar el suelo

Llévame al cielo cerca de…

No acabó el último verso. El “ti” final se ahogó en su garganta. Fueron sus últimas palabras. Hizo con la mano un ademán de despedida. Su rostro se iluminó. Reclinó la cabeza hacia el lado izquierdo y … expiró. Su vida había entrado, a sus veintiún años recién cumplidos, en la eternidad. Eran las primeras horas del día 27 de abril de 1919, fiesta de la Virgen de Montserrat.

POSDATA

Natali terminó su narración y puso punto final a esta historia. A mí me corresponde ahora escribir la última página como escribí también la primera.

Seguro que os quedáis con algunos interrogantes. ¿A que sí?

¿Qué fue de Natali? Os preguntaréis. Habría asunto para otro libro. Su vida en este relato, al ser ella la narradora, ha quedado en la sombra. Pero su existencia fue casi tan interesante como la de Antoñita: cruzó el océano – como le auguró su hermana- y en Argentina, junto a otras religiosas de la Congregación, puso los cimientos de la entregada labor que en ese país realizan, desde hace muchos años, las Hijas de Jesús.

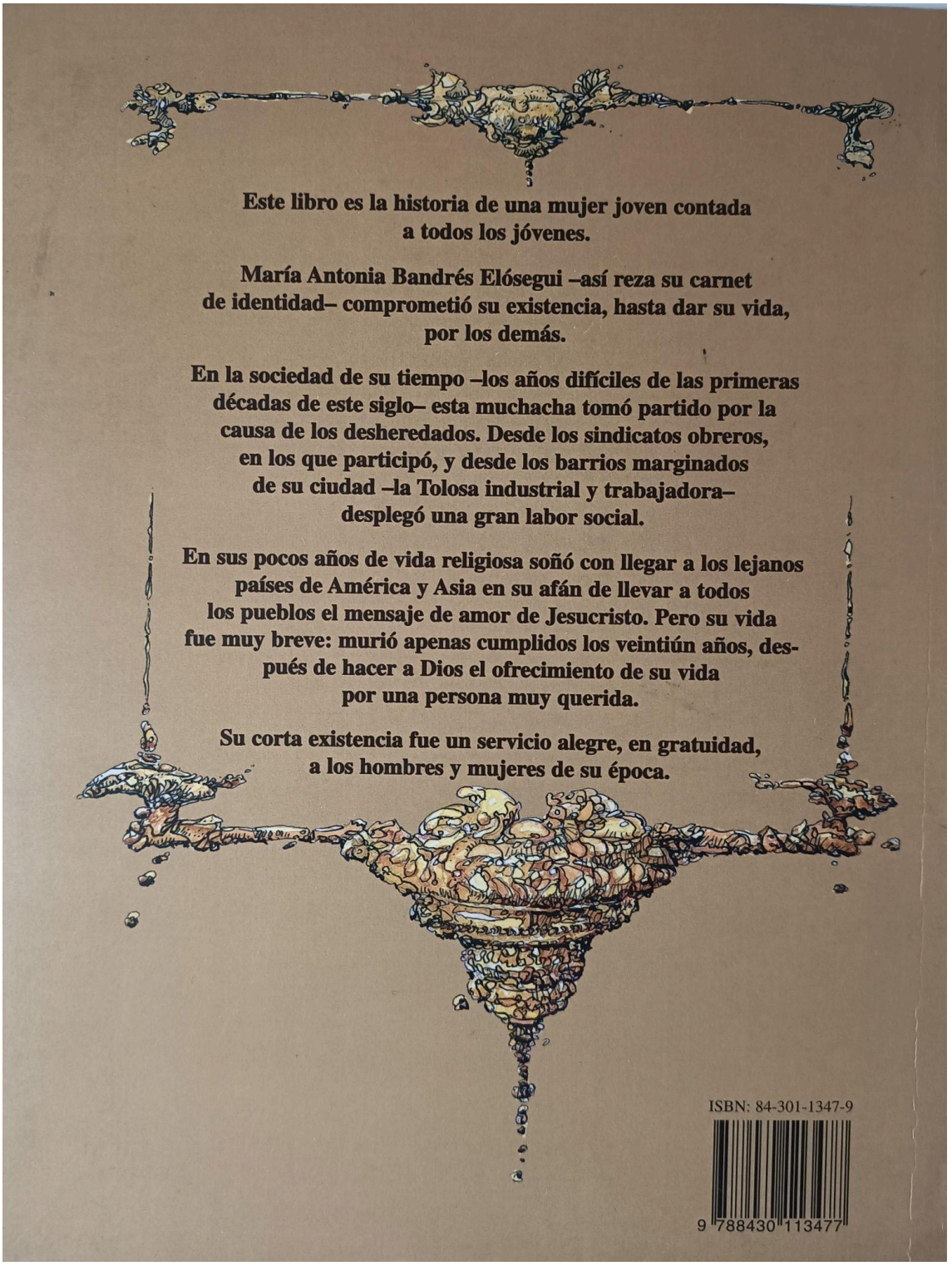
Su carácter dinámico y emprendedor la llevó siempre a abrir caminos: el colegio de Usera en Madrid; el de Gamarra en Málaga; el Stella Maris en Almería – entre otros - , son testigos de sus andanzas y desvelos por la formación de la juventud, especialmente femenina, en unos momentos difíciles a causa de los problemas económicos y sociales – son los años de la posguerra – por los que atravesaba España. Natali dejó en esta tarea gran parte de su vida. Pero siempre, a lo largo de su prolongada existencia, - murió en Tolosa a los ochenta años; era el 1977 - , sintió la fuerza de la presencia de su hermana, dándole impulso y seguridad en su trabajo apostólico.

Seguro que tenéis aún otra pregunta: ¿Qué fue del tío Antxon? Antoñita se salió con la suya: su padrino arregló sus cuentas pendientes con Dios. En Vitoria vivió hasta los noventa años recordando mucho a su ahijada, de quien decía que le había descubierto la verdadera felicidad.

Y, por lo que a mí toca, misión cumplida. Me despido de vosotros contenta de haberos hecho, a través de estas páginas – así lo espero – amigos de Antoñita.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Gráficas Varona,
de la ilustre ciudad de Salamanca,
el día 11 de octubre de 1997,
víspera de la festividad

de la Virgen del Pilar
y del día de la Hispanidad.
LAUS DEO



Este libro es la historia de una mujer joven contada a todos los jóvenes.

María Antonia Bandrés Elósegui –así reza su carnet de identidad– comprometió su existencia, hasta dar su vida, por los demás.

En la sociedad de su tiempo –los años difíciles de las primeras décadas de este siglo– esta muchacha tomó partido por la causa de los desheredados. Desde los sindicatos obreros, en los que participó, y desde los barrios marginados de su ciudad –la Tolosa industrial y trabajadora– desplegó una gran labor social.

En sus pocos años de vida religiosa soñó con llegar a los lejanos países de América y Asia en su afán de llevar a todos los pueblos el mensaje de amor de Jesucristo. Pero su vida fue muy breve: murió apenas cumplidos los veintiún años, después de hacer a Dios el ofrecimiento de su vida por una persona muy querida.

Su corta existencia fue un servicio alegre, en gratuidad, a los hombres y mujeres de su época.

ISBN: 84-301-1347-9

9 788430 113477